



Rubens pins

SAN IGNACIO DE LOYOLA

BIBLIOTECA MANUAL SOBRE LA COMPAÑIA DE JESÚS
SERIE PRIMERA: TEXTOS

I

SAN IGNACIO DE LOYOLA

□ □ □

AUTOBIOGRAFÍA

Y

CONSTITUCIÓN CANÓNICA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN EN PARTE DEL LATÍN Y DEL ITALIANO

CON INTRODUCCIONES Y NOTAS DE

JOSÉ M.^a MARCH

SACERDOTE DE LA MISMA COMPAÑÍA



UNIVERSIDAD COMERCIAL

DE DEUSTO

BARCELONA

RAFAEL CASULLERAS, LIBRERO-EDITOR

CLARIS, 15

1920



LICENCIAS

IMPRIMI POTEST

RAMÓN LLIBEROLA, S. J.
Prep. Prov. de Aragón

NIHIL OBSTAT

El Censor,
ERNESTO GUITART, S. J.

Barcelona, 24 diciembre 1919.

IMPRIMASE

ENRIQUE, OBISPO DE BARCELONA

*Por mandato de Su Excia. Ilma.,
el Obispo, mi Señor,*

DR. JUAN M.^a MEJANA

CARO LECTOR:

Con el presente tomito se da comienzo a una BIBLIOTECA MANUAL SOBRE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. Con esto queda dicho todo. Se trata, pues, de una BIBLIOTECA; lo cual quiere decir que a este tomo seguirá otro y luego otros, en número por ahora indeterminado. La materia es abundantísima; de consiguiente, por falta de ella no ha de venir el fin, al menos próximo, de esta Biblioteca; tampoco ha de llegar por falta de compiladores que se presten a esta fácil y agradable tarea, porque son ya varios y serán cuantos fueren menester. El número de tomos dependerá, pues, del ánimo y aun quizá abnegación del editor, y principalmente del favor del público, el cual, en resumidas cuentas, es el árbitro y señor de vida y muerte de semejantes publicaciones.

Esta Biblioteca será manual; o sea, compuesta de tomitos fácilmente manejables: pasaron ya los tiempos, si es que los hubo, en que ni caballeros, ni aun damiselas se arredraban a la vista de un infolio; hoy se quieren libritos ligeros que quepan en el bolsillo, en el saquito de mano, y que puedan llevarse consigo fuera de casa, en el jardín, en el ferrocarril, en el automóvil, como el mejor compa-

ñero. Claro está que la presentación habrá de ser exquisita; de esto queda encargado el librero editor.

Constará la Biblioteca exclusivamente de obras sobre la Compañía de Jesús. Esta asendereada Compañía, después de varios siglos de vida exuberante, continúa siendo para muchos una misteriosa esfinge; es más, hasta por los que se precian de conocerla íntimamente es bastante ignorada. Aquí podrá tener cabida todo: desde la vida del defensor de Pamplona, Íñigo de Loyola, convertido después en andante caballero de la gloria divina, con sus cartas, Ejercicios y Constituciones, con los testimonios de la época, los procesos a que se vió sujeto, y las obras que emprendió, hasta las misiones del Paraguay con su fabuloso reino jesuítico y sus minas de oro y plata, y aún, si se quiere, el estado actual de la Compañía! ¿Qué persona ilustrada va a dejarse perder la ocasión de penetrar en las intimidades de la Compañía, al módico precio a que se le brindarán estos tomitos? Porque ésta es una condición que no expresa el título, y, sin embargo, para muchos lectores, quizá los más, sospechamos que será principalísima: el precio reducido!

Nos gusta la libertad, y ¿a quién no gusta? Por esto no queremos ceñirnos a un orden prefijado de asuntos particulares, los cuales, sin embargo, serán siempre histórico-ascéticos, y comprenderán dos grandes series: textos antiguos escogidos y estudios sobre la Compañía, sus obras e individuos. Tendremos siempre cuidado especial de mez-

clar lo agradable con lo útil. A período fijo de publicación tampoco queremos atarnos: saldrán los tomos cuando mejor pareciere.

Lector amable: si no conoces la Compañía, será menester que te cerciores por ti mismo antes de formar y emitir juicio sobre ella; no sea que, al discutir y hablar por cuenta ajena, te equivoques miserablemente. Si la conoces, lee también, pues podrá ser muy bien que alcances no pocas noticias para ti desconocidas por completo, y aun tengas que reformar tu criterio respecto de algún punto: la Compañía de Jesús, en sí misma y en la obra que ha realizado, es demasiado grande y compleja para ser abarcada de una mirada, y comprendida en fórmulas simples e improvisadas; cuando menos, podrás confirmarte en tu criterio, si es que está ajustado a la realidad, lo cual no será poco. Pero, si además eres persona piadosa, al recorrer atentamente las siguientes páginas, encontrarás, a no dudarlo, materia abundante de agradable y provechosa lectura para bien espiritual de tu alma. Vale.

• • •



AUTOBIOGRAFÍA
DE
SAN IGNACIO DE LOYOLA



DERE ocupar en esta Biblioteca el sitio preeminente que se merece la *Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, fundador de la Compañía de Jesús, y así por ella comenzamos.

Importunado el Santo por los instantes ruegos de varios de sus más esclarecidos hijos, se decidió al fin, aunque a duras penas, a narrar al P. Luis González de Cámara cuanto por su alma había pasado desde que comenzó a servir a Dios. La historia de estos ruegos y de esta decisión nos viene relatada por el mismo P. González de Cámara y por el P. Jerónimo Nadal, como en seguida se verá. Respecto al título de *Autobiografía* que damos a esta relación, hemos de advertir que el P. González de Cámara, hombre de excelente memoria, al decir de sus contemporáneos, después de oído el relato de San Ignacio, iba poniendo por escrito casi con las mismas palabras cuanto el Santo le había dictado. Por esta razón podemos llamar este escrito, en sentido amplio, *Autobiografía de San Ignacio*, aunque en realidad no lo escribiera él de su propia mano.

Empezó, pues, San Ignacio la relación de su vida en Septiembre de 1553, según declara en su prólogo el Padre González de Cámara; luego la interrumpió; por fin, cediendo a las instancias de dicho Padre y del P. Nadal, la continuó y terminó en 1555. No abarca en ella todo el curso de su vida, ni el desarrollo de todos sus planes e ideas, ni menos aún la realización de ellos; sino que se reduce a los hechos privados, internos especialmente, que le ocurrieron hasta la fundación de la Compañía: él mismo

manifestó al P. Cámara que su intento era «declarar cuanto por su ánima hasta ahora había pasado.»

La importancia que los primeros Padres atribuyeron a esta narración se deduce de que cuando el P. Nadal, uno de los personajes de más valía, supo que se había ya comenzado, «holgándose mucho», mandó al P. Cámara que «importunase al Padre (San Ignacio), diciéndole muchas veces que en ninguna cosa podía el Padre hacer más bien a la Compañía que en hacer esto; y que esto era fundar verdaderamente la Compañía.» (Véase más adelante el número 4 del prólogo del P. Cámara.) En realidad esta autobiografía de San Ignacio es en gran parte el fundamento de la magnífica *Vida* que de nuestro Santo escribió el P. Ribadeneira, como lo es también de todas las otras que en varias lenguas han ido publicándose hasta ahora.

No es ciertamente una pieza literaria en el sentido estricto de la palabra; ni podía serlo. Dictada en país extraño por un guipuzcoano que ningunos o poquísimos estudios tenía hechos de lengua castellana; y luego mandada escribir por un portugués, quien, a su vez, ora la dictaba en castellano, ora en italiano, según era la lengua del amanuense que tenía a su disposición, había forzosamente de adolecer de pobreza y aún de incorrección de lenguaje. No carece, sin embargo, de vida, y es modelo de ingenuidad y verdad. Por lo cual es un documento histórico de grandísima importancia en la materia, ya que fué dictado por el mismo protagonista, varón indudablemente de absoluta veracidad, y escrito por persona digna también de toda fe, y que, según ella misma nos asegura, trabajaba por no poner palabra alguna, sino las que había oído de aquél. (Véase el prólogo, número 3). Esto no quita que en ciertos puntos contenga alguna inexactitud de pormenor, que convenientemente anotaremos, debido o a la incorrección de las copias que poseemos, o al lapso notable de tiempo que transcurrió desde la realización de los acontecimientos

hasta que se narraron y escribieron, toda vez que esto se verificó los últimos años de la vida de San Ignacio.

Bajo otros puntos de vista es también importantísima esta Autobiografía. En ella San Ignacio nos traza de cuerpo entero y con toda sinceridad su propio retrato, con aquella su prudencia consumada y fortaleza invencible, rasgos distintivos de su excelsa fisonomía moral; nos muestra también cómo «le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole» (son sus palabras: número 27), y cómo con lo que el Señor le enseñaba directamente y lo que él prácticamente aprendía, se iba formando y robusteciendo en espíritu hasta llegar a ser un grande santo y un maestro perfectísimo en la dirección de las almas: contienen, pues, estas páginas un capítulo interesantísimo de *Psicología religiosa*.

Podrá además estudiarse la génesis de la Compañía de Jesús, desde su concepción vaga e imprecisa todavía en la mente del penitente de Manresa, y los varios tanteos que el Santo realizó, hasta su fundación canónica, clara y definida, con los admirables Ejercicios espirituales y maravillosas Constituciones. ¡Lástima que respecto a estos puntos sea San Ignacio tan conciso en su narración, y que para las grandes obras realizadas en Roma por su ardiente celo se remita sencillamente al dicho del P. Maestro Nadal!

De este relato de San Ignacio hizo bien pronto una versión latina el P. Anibal Codret (o Du Coudrey), «muy docto y piadoso padre», como le llama el P. Nadal (véase adelante su *Introducción*, número 4), y es la publicada por los Bolandos en su magna colección *Acta Sanctorum* (Julio, tomo VII, 1749, páginas 634-654). Recientemente, o sea, en 1873, se ha vuelto a imprimir en París por el Padre de Guilhermy la versión latina algo diversa de la de los Bolandos.

Pero el texto original que, como ya hemos indicado, se escribió parte en castellano, parte (la menor) en italiano, no se publicó hasta el año 1904, en Madrid, por los editores de *Monumenta Historica Societatis Jesu (Scripta de Sancto Ignatio)*, tomo 1.º, páginas 31-98). Valieron para su edición de dos copias, una contenida en *Varia Historia Rerum Societatis Jesu*, tres grandes tomos en folio que pertenecieron a nuestro antiguo colegio de Alcalá, y otra de un códice conservado en el archivo vaticano (*Codices Societatis Jesu*, número 2).

Extraño parece que se tardara tanto en imprimir esta Autobiografía de San Ignacio, tanto más, constando que en 1584 la Congregación provincial de Castilla pidió la impresión de ella al P. General Aquaviva. La razón, especialmente para los primeros tiempos que siguieron a la muerte del Santo Fundador, la tenemos en la misma respuesta dada por el P. Aquaviva a la mencionada provincia de Castilla: *Quae communicanda videbantur, ea in libro P. Ribadeneirae scripta sunt; caetera non expedit omnium manibus circumferri. (Acta Congreg. Provin. Castellae, 1584)*. Prudente resolución para aquel tiempo, cuando todavía estaba fresca la memoria de los sucesos que se narraban, como la de las personas que en ellos habían intervenido (véase un caso práctico en *Scripta de Sancto Ignatio*, I, página 751), y sobre todo cuando no constaba todavía oficialmente la santidad de Ignacio de Loyola. Luego, aunque continuaron circulando de mano en mano las copias manuscritas, cayó bastante tiempo en olvido, hasta que fué publicada por los Bolandistas la antigua versión latina. Mas, ahora que la Iglesia ha ornado las sienes del Santo con nimbo de gloria, sublimándolo al honor de los altares, y ha dado solemne testimonio de la pasmosa santidad a que llegó con la divina gracia, ahora que nos hallamos a una distancia enorme de aquellos sucesos y de aquellas personas, ningún inconveniente puede haber en que se divulgue esta relación, aún en lengua vul-

gar; lo cual, de otra parte, habrá de ser muy conforme al gusto moderno de acudir primariamente a las fuentes literarias, no a obras traducidas o de segunda mano.

De la citada edición de *Monumenta* nos servimos nosotros para nuestra publicación; mas, como no escribimos precisamente para los especialistas, sino para el gran público ilustrado, modificamos la forma externa del texto, adaptándolo al uso y ortografía modernas, si bien conservándolo en toda su pureza; con esto queda todavía una cierta ranciedad de expresión que a las obras ascéticas suele comunicar, como al buen vino, un sabor agradabilísimo. Damos también traducida al castellano con escrupulosa fidelidad la parte italiana y algún fragmento latino que para completar el texto original deficiente, tal como nos ha llegado, tomamos de la traducción latina, y la *Introducción* del P. Nadal, escrita asimismo en latín. Así, ésta será la primera vez, en cuanto sabemos, que se publique íntegramente en castellano la *Autobiografía de San Ignacio de Loyola*.

Seguimos también la división del texto en números y capítulos, para mayor comodidad de los lectores; los capítulos los encabezamos con breve sumario; añadimos además algunas breves notas aclaratorias del texto, o bibliográficas, indicando con preferencia las fuentes impresas, aunque con parsimonia, a fin de no ahogar la narración, ni cortarla en demasía. Por lo demás, aunque creemos que ha llegado ya la hora de poder escribir extensa y documentadamente la vida de San Ignacio de Loyola, habiéndose divulgado en tan extraordinario número los documentos públicos y privados referentes al Santo, por ahora no ha sido éste nuestro intento, sino solo anotar brevemente los documentos que publicamos.

■ ■ ■



SIGNOS CONVENCIONALES USADOS EN EL TEXTO

Las palabras y letras de alguna importancia que se han suplido van cerradas entre paréntesis rectos [].

Algunas pocas que se han traducido y alguna sustituida van comprendidas por paréntesis oblicuos < >.

Los párrafos traducidos del latín están señalados por un asterisco * al principio.

Los párrafos vertidos del italiano se notan por medio de un doble asterisco **, y son desde el número 79: «Y para poder...» hasta el fin.

Las frases propias del que habla van entre comillas « ».

Prólogo del P. Luis González de Cámara

NARRA EL ESCRITOR LA HISTORIA DE ESTE LIBRO.—A RUEGOS DE SUS COMPAÑEROS, CUENTA IGNACIO EL CURSO DE SU VIDA.—DESPUÉS DE OÍDO DE BOCA DEL SANTO, EL P. GONZÁLEZ LO PONE POR ESCRITO.

1. El año [15]53, un viernes a la mañana, 4 de Agosto, víspera de Nuestra Señora de las Nieves, estando el Padre en el huerto junto a la casa o aposento que se dice del duque, yo (dice el P. Luis González) le empecé a dar cuenta de algunas particularidades de mi alma; y entre las otras le dije de vanagloria. El Padre me dió por remedio que muchas veces refiriese a Dios todas mis cosas, trabajando de ofrecerle todo lo bueno que en mí hallase, reconociéndolo por suyo y dándole gracias de ello; y en esto me habló de manera que me consoló mucho, de manera que no pude detener las lágrimas. Y así me contó el Padre cómo dos años había sido trabajado de este vicio, en tanto que, cuando se embarcaba en Barcelona para Jerusalén, no osaba decir a nadie que iba a Jerusalén, y así en otras particulares semejantes; y añadió más, cuánta paz acerca de esto había sentido después en su alma. De ahí a una hora o dos nos fuimos a comer; y estando comiendo con el Mtro. Polanco y yo, nuestro Padre dijo que muchas veces le había pedido una cosa el Mtro. Nadal y otros de

la Compañía, y que nunca había determinado en ello; y que después de haber hablado conmigo, habiéndose recogido en su cámara, había tenido tanta devoción e inclinación a hacerlo; y hablando de manera, que mostraba haberle dado Dios grande claridad en deber hacerlo, que se había del todo determinado; y la cosa era, declarar cuanto por su ánima hasta ahora había pasado; y que tenía también determinado que fuese yo a quien descubriese estas cosas.

2. El Padre estaba entonces muy malo (1), y nunca acostumbrado a prometerse un día de vida, antes cuando alguno dice: «yo haré esto de aquí a quince días u ocho días», el Padre siempre toma espanto y dice: «Como! y tanto pensáis vivir?»; y todavía aquella vez dijo que esperaba vivir tres o cuatro meses para acabar esta cosa. El otro día yo le hablé preguntando cuándo quería comenzásemos; y él me respondió que se lo acordase cada día (no me acuerdo cuántos días) hasta que tuviese disposición para ello; y así no teniéndola [de] presente por ocupaciones, vino después en que se le acordase cada domingo; y así en el Setiembre (no me acuerdo cuántos días) el Padre me llamó y me empezó a decir toda su vida, y las travesuras de mancebo claras y distintamente, con todas sus circunstancias, y después me llamó en el mismo mes tres o cuatro veces y llegó con la historia hasta estar en Manresa algunos días, como se ve escrito de letra diferente.

(1) Desde Roma, a 7 de Junio de aquel año 1553, el P. Polanco, secretario de San Ignacio, escribía al P. Simón Rodríguez que había sido llamado a la ciudad eterna: «Nuestro Padre anda muy indispuesto, y en manos de médicos, y declinando mucho de dos meses acá; tanto, que nos da que temer de dejarnos; y si V. R. lo quiere ver vivo y darle este consuelo de dejar las cosas de V. R. en mejor estado, no me parece deba detenerse. ...El en su modo de hablar parece que nos da a entender *quod tempus resolutionis instat*. Todavía ruego a Dios Nuestro Señor (si así fuese servido) quite de mis días, y ponga en los suyos, que se emplean tanto mejor en el divino servicio.» (*Cartas de San Ignacio*, edición de *Monumenta*, V, p. 110).

3. El modo que el Padre tiene de narrar es el que suele en todas las cosas, que es con tanta claridad, que parece que hace al hombre presente todo lo que es pasado; y con esto no era menester demandarle nada, porque todo lo que importaba para hacer al hombre capaz, el Padre se acordaba de decirlo; yo venía luego inmediatamente a escribirlo, sin que dijese al Padre nada, primero en puntos de mi mano, y después más largo como está escrito. He trabajado de ninguna palabra poner sino las que he oído del Padre; y cuanto a las cosas que temo haber faltado es, que, por no desviarme de las palabras del Padre, no he podido explicar bien la fuerza de algunas de ellas. Y así esto escribí, como arriba es dicho, hasta en Setiembre de 53; y desde entonces hasta que vino el P. Nadal, a 18 de Octubre de 54, el Padre se fué siempre excusando con algunas enfermedades y con negocios diferentes que ocurrieran, diciéndome: «como se acabare tal negocio, acordádmelo»; y acabado aquél se lo acordaba, y él decía: «ahora estamos en este otro; como se acabará, acordádmelo.»

4. Mas venido el P. Nadal, holgándose mucho de lo que estaba comenzado, me mandó que importunase al Padre, diciéndome muchas veces que en ninguna cosa podía el Padre hacer más bien a la Compañía que en hacer esto; y que esto era fundar verdaderamente la Compañía; y así él mismo habló al Padre muchas veces, y el Padre me dijo que yo se lo acordase como se acabase el negocio de la dotación del colegio (1); y después de acabado, como se acabase lo del Preste (2), y se partiese el correo. Empe-

(1) Entiéndase del Colegio Romano, cuyos apuros financieros, así como los del Colegio Germánico, nos declaró el P. Polanco (*Chronicon S. I.*, año 1555, ed. de *Monumenta Historica S. I.*, t. V, p. 12, n. 14). Ribadeneira, (*Vida de San Ignacio*, libro V, c. IX), nos cuenta cómo el Señor socorrió la pobreza del Santo.

(2) El manuscrito reproducido por *Monumenta*, en vez de *del Preste*, tiene de *presente*, pero parece error de copista: todos los

zamos a seguir la historia a 9 de Marzo [1555]. Luego comenzó a peligrar el papa Julio 3.^o, y se murió a los 23, y el Padre fué difiriendo la cosa hasta que hubiese papa, el cual, como le hubo, luego también enfermó y murió (que fué Marcelo). El Padre dilató hasta la creación del papa Paulo 4.^o, y después con los muchos calores y las muchas ocupaciones, siempre se ha detenido hasta 22 de Setiembre (1), que se comenzó de tratar de mandarme a España, por lo cual yo apreté mucho al Padre que cumpliera lo que me había prometido; y así ordenólo ahora para los 22 a la mañana, en la Torre Roja (2); y así, acabando yo de decir Misa,

* 5. Me respondió que fuese y que él esperaba en la Torre Roja para que, cuando él estuviese allí, estuviera yo también. Me pareció que tendría yo que esperar allí mucho; y mientras estaba entretenido en cierto pórtico con un hermano que me preguntaba sobre un negocio, llegó el Padre y me reprendió porque, faltando a la obediencia, no le había esperado allí; y nada quiso hacer aquel día. Después le instamos mucho. Y así volvió a la Torre Roja y dictaba paseando, como siempre había dictado. Yo, para

negocios de que aquí se habla son determinados; además la antigua copia de que se valió el P. Codret para su traducción tenía de el Preste; o sea del Preste-Juan. El negocio, por tanto, de que aquí se trata es el envío de Patriarca a Etiopía. (Cfr. Polanco, *Chronicon citudo*, V, p. 6, n. 27).

(1) Hay aquí otro error de copia, o al menos inexactitud de expresión. Habiendo San Ignacio remitido el continuar la narración para la mañana del 22 de Septiembre, lo más tarde que podía el Padre Cámara apretar mucho a San Ignacio para que la continuara, era la víspera o sea el 21; y así la traducción latina lleva 21 de Septiembre.

(2) A 5 de Diciembre de 1553 hizo el instrumento de compra de la Torre Roja por Micer Mucio Muti, de la Casa Profesa de Jesús, como consta en las actas de Micer Jerónimo Pirotti, notario capitolino (Nota del Archivo de Estado en Roma; Tacchi Venturi, *Storia della Compagnia di Gesù in Italia* I, Roma-Milán, 1910, página 602).

contemplar su rostro, me acercaba siempre un poco, diciéndome el Padre, «Observa la regla»; y como cierta vez, descuidando el aviso, me acercara, y cayera en lo mismo dos o tres veces, me lo repitió, y se marchó (1). Vino después a acabar de dictar en la misma Torre lo que está escrito. Pero como yo estaba, hacía ya días, para ponerme en camino (puesto que el día anterior a mi partida fué el último en que el Padre habló conmigo de esta materia), no pude escribirlo todo por extenso en Roma. Y como no tenía en Génova amanuense español, dicté en italiano lo que de Roma traía conmigo escrito sumariamente, y di fin a su escritura el mes de Diciembre del año 1555 en Génova.

(1) Consolábase grandemente el P. Cámara con la vista de su Santo Padre, según él mismo contó al P. Ribadeneira: «El rey de Portugal D. Juan el III, como fué siempre desde sus principios señalado protector de la Compañía, así tuvo gran cuidado de saber sus cosas, con particular devoción a nuestro Padre; y yendo a Roma el P. Luis González de Cámara, que había sido confesor del príncipe D. Juan su hijo, le mandó que estuviese muy atento a todas las cosas del P. Ignacio, y que se las escribiese muy en particular, y con ellas su parecer. Hízolo así el P. Luis González, como él me dijo, y después de haberlo bien notado y examinado todo, escribió al Rey que lo que él podía decir a su Alteza acerca de lo que le había mandado, era, que el rato que atentamente estaba mirando al P. Ignacio era de grandísimo provecho para su alma; porque sola su compostura y aspecto le encendía y abrasaba notablemente en el amor de Dios. (Ribadeneira, *Vida*, libro IV, cap. XVII).

Introducción del Padre Jerónimo Nadal (1)

PIDE EL P. NADAL A IGNACIO QUE MANIFIESTE A SUS COMPÁÑEROS DE QUÉ MANERA LE CONDUJO DIOS DESDE EL COMIENZO DE SU CONVERSIÓN.—LO ALCANZA.

* 1. Había oído yo, y otros Padres, a nuestro Padre Ignacio que había él pedido a Dios tres gracias, antes que pasara de esta vida. La primera que el Instituto de la Compañía fuese confirmado por la Sede Apostólica. La

(1) El P. Jerónimo Nadal nació en Mallorca, hacia fines de 1507. Conoció en París a San Ignacio y a sus compañeros, y se juntó a ellos sin el menor intento de agregarse a la nascente Compañía. En 1540, una carta de San Francisco Javier, escrita a uno de sus amigos, le determinó a partir en seguida para Roma, en donde San Ignacio le admitió el 23 de Noviembre. En el mes de Marzo de 1548, fué enviado a Mesina para fundar allí un colegio. Llamado a Roma y admitido a la Profesión, el 25 de Marzo de 1553, recibió la orden de promulgar las Constituciones de la Compañía en España y Portugal. Vuelto a Roma, fué elegido por los profesores Vicario General, para ayudar a San Ignacio en la pesada carga de gobernar la universal Compañía. Murió el P. Nadal en el Noviciado de San Andrés, en el Quirinal, al rayar el alba del día de Pascua, 3 de Abril de 1580.

A 7 de Junio de 1553, el P. Polanco escribía al P. Mirón, por comisión de San Ignacio: El P. Nadal «es persona de grande entendimiento especulativo y práctico; y así no solamente es docto en todos géneros de letras, y prudente en el gobierno y enderezo de las cosas agibles, pero señalado en la una parte y la otra... Quanto al espíritu, es persona que muy de veras se ha dejado poseer de la divina gracia... Tiene mucho conocimiento de N. P. Maestro Ignacio, porque le ha tratado mucho, y parece tiene entendido su espíritu, y penetrado, quanto otro que yo sepa en la Compañía, el instituto de ella. Y con esto, en humildad y obediencia perfecta, no solamente de ejecución, pero de voluntad y entendimiento, es de los que más constantemente se han mostrado ser verdaderos hijos de esta Compañía. Sin esto, es hombre de grande ánimo en el servicio divino; y para cosas grandes y universales, y todas finalmente, muy estrenuo... Nuestro Padre—se fia de él como de sí mismo...» *Cartas de San Ignacio*, edición de Monumenta, V, p. 100).

segunda que lo fuesen asimismo los Ejercicios Espirituales. La tercera escribir las Constituciones.

* 2. Recordando yo esto y viendo que lo había conseguido todo, temía no fuera llamado de entre nosotros a mejor vida. Sabiendo también que los santos Padres, fundadores de algún instituto monástico, acostumbraron dar a su posteridad, como testamento, los avisos que confiaban habían de ayudarles para la perfección en la virtud; buscaba ocasión en que cómodamente pudiera pedir lo mismo al P. Ignacio. Sucedió en 1551 que, estando juntos, dijo el P. Ignacio: «Ahora estaba más alto que el cielo»; habiendo padecido (a lo que opino) algún éxtasis de la mente, o raptó, según solía frecuentemente. Con veneración le pregunto: «¿Qué es esto, Padre?» Él desvía la conversación. Juzgando, pues, que aquella era ocasión oportuna, pido y suplico al Padre nos quiera exponer de qué manera desde el principio de su conversión Dios le había gobernado, para que aquella exposición pudiera ser para nosotros como testamento y paternal institución. «Porque, Padre, habiendo vos alcanzado (le digo) aquellas tres cosas, que antes de vuestra muerte habéis deseado ver, tememos no sea cosa que seáis llamado para el cielo.»

* 3. Se excusaba el Padre con sus ocupaciones; que no podía en ello aplicar el ánimo ni el tiempo. Y sin embargo, «Celebrad (dice) tres misas para esto, Polanco, Poncio (1) y vos. Y después de hacer oración, decidme lo que sentís.» «Lo mismo (le digo), Padre, pensaremos que ahora. Añadió suavísimamente: «Haced lo que digo.» Celebramos; le respondimos lo mismo; prometió él hacerlo. El año siguiente, volviendo de Sicilia otra vez, para ser enviado a España, pregunté al Padre si había hecho algo. «Nada», dijo. Vuelto de España el año 1554 le pregunto de nuevo. No había comenzado. Entonces yo, movido no

(1) El P. Poncio Cogordán, ministro de la casa de Roma.

se de que ánimo, pero cierto con entereza, dije al Padre: «Hace ya casi cuatro años que os ruego, no sólo en mi nombre, sino en el de otros Padres, que nos expliquéis, Padre, de qué manera os fué Dios formando desde el principio de vuestra conversión: que confiábamos sería esto muy útil a nosotros y a la Compañía. Pero como veo que no lo ponéis por obra, me atrevo a aseguráros que, si hacéis lo que tanto deseamos, nos aprovecharemos de este beneficio sobremanera; si no lo hacéis, no por esto será menor nuestro ánimo, sino tan confiado en Dios, como si lo hubierais escrito todo.»

• 4. Nada respondió el Padre, pero (el mismo día, según creo), habiendo llamado al P. Luis González, comienza a narrarle lo que aquel Padre, según es de excelente memoria, luego escribía (1). Estos son los hechos del P. Ignacio que corren. Fué el P. Luis elector en la primera congregación general, y en la misma elegido Asistente del Prepósito General P. Lainez. Fué después institutor en letras y cristianas costumbres del Rey de Portugal D. Sebastián, padre insigne en religión y virtud. Escribió el P. González parte en español, parte en italiano, según se presentaban los amanuenses. Lo tradujo al latín el Padre Anibal de Codretto, muy docto y piadoso Padre. Ambos, autor y traductor, viven todavía.

(1) Propiamente no comenzó entonces, pues acaba de afirmar el P. González de Cámara que esto fue en Setiembre de 1553; si bien era muy poco lo que hasta entonces había narrado San Ignacio, según nos dice el mismo P. Cámara que oyó el relato de labios del Santo Padre.

CAPÍTULO PRIMERO

IGNACIO, SIGUIENDO LA CARRERA MILITAR, RECIBE EN LA DEFENSA DE PAMPLONA UNA GRAVE HERIDA.—SANA DE LA PELIOROSA ENFERMEDAD.—SE CONVIERTE A DIOS.—HABIÉNDOSELE APARECIDO LA VIRGEN SANTÍSIMA CON EL NIÑO JESÚS, ES RECREADO EN SU ALMA CON CELESTIAL DULZURA, Y RECIBE EL DON DE CASTIDAD.—DETERMINA DIRIGIRSE A PALESTINA Y COMENZAR UNA NUEVA VIDA MÁS SANTA.

1. Hasta los 26 años de su edad fué hombre dado a las vanidades del mundo (1) y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra. Y así, estando en una fortaleza que los franceses combatían, y siendo todos de parecer que se diesén, salvadas las vidas, por ver claramente que no se podían de-

(1) Habiendo ocurrido en 1521 el sitio de Pamplona, a que luego se hace referencia, esta frase con que el P. Cámara compendia por su cuenta la primera vida de San Ignacio que éste le contó «toda» con «las travesuras de mancebo claras y distintamente, con todas sus circunstancias» (*Prólogo*, n. 2), dió motivo a algunos para creer que el Santo nació en 1495. Sin embargo, la opinión mucho más común y probable sostiene que nació en 1491. (Véase Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, t. I, lib. I, cap. I).

fender, él dió tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo (1). Y venido el día que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros en las armas; y después de durar un buen rato la batería, la acertó a él una hombarda en una pierna, quebrándosela toda; y porque la pelota pasó por entrambas las piernas, también la otra fué mal herida (2).

2. Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses, los cuales, después de haberse apoderado de ella, trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente. Y después de haber estado 12 o 15 días en Pamplona, lo llevaron en una litera a su tierra; en la cual hallándose muy mal, y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez de concertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que, por haber sido mal puestos la otra vez, o por haberse desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. Y hizose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor que apretar mucho los puños.

(1) Era el capitán D. Francisco de Herrera, quien con muy poca gente y débiles medios defendía el castillo. Los franceses, habiéndose ya apoderado de la ciudad de Pamplona, intimaron la rendición del castillo; pero Herrera pidió conferenciar con Andrés de Fox, señor de Asparros, que acaudillaba las tropas francesas. Concediólo él, y salió a la conferencia el español acompañado de tres capitanes, uno de los cuales era Iñigo (o Ignacio) de Loyola. (Polanco, *Vita P. Ignatii*, p. 12). Comenzándose a tratar de la entrega, los franceses pusieron condiciones muy duras, a las cuales, sin embargo, se hubiera allanado Herrera a no ser Ignacio que le persuadió a defenderse hasta la muerte.

(2) Sucedió la herida del Santo el día segundo de Pentecostés, 20 de Mayo de 1521. (Véanse los Bolandos, *Acta Sanctorum*, tomo cit., *De S. Ignatio Commentarius Praeclarus*, t. 3.º, n. 25).



Flotats (Barcelona) esc. en bronce

SAN IGNACIO HERIDO EN EL CASTILLO DE PAMPLONA

3. Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegado el día de San Juan, por tener los médicos muy poca confianza en su salud, fué aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fué tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte.

4. Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encavalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea, lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar, y ellos dijeron que bien se podía cortar; mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo; y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sálita paciencia.

5. Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días [le] tuvieron tendido de modo que no se podía menear, puesto en un cierto instrumento que le tiraba la pierna, lo martirizaron. Mas nuestro Señor le fué dando salud; y se fué hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho. Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sin-

tiéndose bueno, pidió que le diesen algunos de ellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un *Vita-Christi*, y un libro de la vida de los Santos en romance (1).

6. Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas dejándolos de leer, algunas veces se paraba [a] pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos, tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuan imposible era poderlo alcanzar, porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de estas.

7. Todavía nuestro Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros que nacían de las

(1) El *Vita Christi* era la vida de Cristo escrita en el siglo XIV por Lodulfo Cartujano o llamado también de Sajonia, por razón de su origen. Así lo afirma, entre otros, el P. Nadal, contemporáneo y compañero de San Ignacio (*Miscel. de reg. S. J.*, fasc. 5). La obra de Lodulfo fué traducida en lengua castellana por Fray Ambrosio de Montesino, e impresa en cuatro grandes volúmenes con el título: *Vita Christi cartuxano romançado por Fray Ambrosio*, en Alcalá, de 1502 a 1503 (Cfr. Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española*, III, col. 886-888).

El otro libro de Vidas de los Santos parece ser el *Floris Sanctorum*, o *Legenda aurea*, o *Historia lombarda*, que con todos estos nombres se designa la obra escrita por Jacobo de Vorágine, en el siglo XIII, y que tanta difusión alcanzó entre el pueblo cristiano. (Véase Codina, *Prolegomena in Exercitia*, en *Monumenta Historica S. J.*, *Monumenta Ignatiana*, serie cuarta, *Exercitia Spiritualia*, 1919, págs. 50 y siguientes).

cosas que leía. Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los Santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo? Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer: San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. Duraban también estos pensamientos buen rato, y, después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio; y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tomaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o de estas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas.

8. Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los Santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas, aun después de dejados, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse de esta diversidad y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste, y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que [le] agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios.

9. Este fué el primer discurso que hizo en las cosas de Dios; y después que hizo los Ejercicios, de aquí comen-

zó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus. (1) Y cobrada no poca lumbre de esta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia de ella. Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los Santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo, como ellos lo habían hecho. Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la ida de Jerusalén, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer.

10. Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía, los cuales se le confirmaron con una visitación, de esta manera. Estando una noche despierto vió claramente una imagen de nuestra Señora con el santo niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habérsele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así desde aquella hora hasta el Agosto de 55 (2), que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efecto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho. Mas así su hermano, como todos los demás de casa, fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente.

(1) De esta observación, pues, de los internos movimientos que experimentaba su alma, sacó San Ignacio el principio de aquellas admirables Reglas para discernir espíritus y las de elecciones que incluyó en el libro de los Ejercicios. (Véase más adelante el n.º 99).

(2) Esta indicación del mes de Agosto no está muy conforme con lo que el mismo P. González de Camara nos ha narrado en el número 4 del Prólogo.

11. Él, no curando de nada, perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas. Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los Santos; y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia (porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa); las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano. Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración. Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor. Pensaba muchas veces en su propósito, deseando ya ser sano del todo para ponerse en camino.

12. Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era, para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino hierbas. Mas, cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja (1), y la información que de ella tuvo le pareció bien. Mas por la razón arriba dicha y porque todo estaba embebido en la ida que pensaba presto hacer, y aquello no se había de tratar sino después de la vuelta, no miraba

(1) La cartuja de Santa María de Miraflores cerca de Burgos. (Véase Turín y Juaneda, *La Real Cartuja de Miraflores*, Burgos, 1897).

tanto en ello; antes, hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano (1): «Señor, el duque de Nájera (2), como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete (estaba entonces allí el duque). Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna gran mutación. El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuanta esperanza tiene de él la gente, y cuanto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fué de manera que, sin apartarse de la verdad, porque de ello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano.

(1) Don Martín García de Loyola.

(2) Don Antonio Manrique, virrey de Navarra.

■ ■ ■

CAPÍTULO SEGUNDO

SALE IGNACIO DE SU PATRIA.—VISITA A NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT.—HACE ALLÍ CONFESIÓN GENERAL, Y CUELGA LAS ARMAS EN EL ALTAR DE NUESTRA SEÑORA.—SE DIRIGE A MANRESA.

13. Y así, cabalgando en una mula, otro hermano suyo quiso ir con él hasta Oñate, al cual persuadió en el camino que quisiesen tener una vigilia en nuestra Señora de Aránzazu (1), en la cual haciendo oración aquella noche para cobrar nuevas fuerzas para su camino, dejó al hermano en Oñate en casa de una hermana que iba a visitar, y él se fué a Navarrete. Y viniéndole a memoria de unos pocos de ducados que le debían en casa del duque, le pareció que sería bien cobrarlos, para lo cual escribió una cédula al tesorero; y diciendo el tesorero que no tenía dineros, y sabiéndolo el duque, dijo que para todo podía faltar, mas que para Loyola no faltasen, al cual deseaba dar una buena tenencia, si la quisiese aceptar, por el crédito que había ganado en lo pasado. Y cobró los dineros,

(1) El texto lleva equivocadamente Arancuz en vez de Aránzazu. Es éste un devotísimo santuario situado cerca de Oñate y ahora como entonces, frecuentadísimo por los piadosos guipuzcoanos. No puede precisarse cuando salió San Ignacio de su casa; parece, sin embargo, que fué a fines de Febrero de 1522. (Véase Astrain, *obr. cit.*, lib. I, cap. II, p. 28, nota).

mandándolos repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de nuestra Señora, que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien. Y así, despidiendo los dos criados que iban con él, se partió solo en su mula de Navarrete para Monserrate.

14. Y en este camino le acaeció una cosa que será bueno escribirse, para que se entienda cómo nuestro Señor se había con esta ánima, que aun estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese, y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino [a] agradar y aplacer a Dios. Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados, y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios, que sin hacer juicio que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer no se acordaba mucho de ellos. Y así, cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los Santos, proponía de hacer la misma y aun más. Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era hacer de estas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los Santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia.

15. Pues yendo por su camino le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y yendo hablando los dos, vinieron a hablar en nuestra Señora; y el moro decía, que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre; mas el parir quedando virgen no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían. La cual opinión, por muchas razones que le dió el peregrino (1), no

(1) En adelante San Ignacio es llamado *el peregrino*, en esta relación del P. Cámara.

pudo deshacer. Y así el moro se adelantó con tanta priesa, que le perdió de vista, quedando suspenso en lo que le había pasado con el moro. Y en esto le vinieron unas mociones, que hacían en su ánima descontentamiento, pareciéndole que no había hecho su deber, y también le causaba [ba] indignación contra el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de nuestra Señora, y que era obligado [a] volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar el moro y darle de puñaladas por lo que había dicho; y perseverando mucho en el combate de estos deseos, a la fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado a hacer. El moro, que se había adelantado, le había dicho que se iba a un lugar, que estaba un poco adelante en su mismo camino, muy junto del camino real, mas no que pasase el camino real por el lugar.

16. Y así después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto, <es a saber>, de dejar ir la mula con la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar. Y haciéndolo así como [lo] pensó, quiso nuestro Señor que, aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dejó el de la villa. Y llegando a un pueblo grande antes de Monserrate, quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a Jerusalén; y así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo delante el arzón de la mula. Y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por cerimonia, sino porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada;

tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada; este pie le pareció era necesario llevar calzado.

17. Y fuese su camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros (1), veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche sin sentarse ni acostarse, más a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo. Pues partido de este lugar, fué, según su costumbre, pensando en sus propósitos; y llegado a Monserrate, después de hecha oración y concertado con el confesor (2), se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora. Y este fué el primer hombre a quien descubrió su de-

(1) El *Amadís de Gaula* es una de las obras capitales de caballería, y de las que más hondamente y por más tiempo estamparon su sello caballeresco, aun en los hábitos sociales. (Puede verse el magistral estudio de Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, tomo I, Madrid, 1905, p. CXIX). La primera edición conocida es de 1508, en Zaragoza, por Jorge Coci; sólo en el siglo XVI se hicieron más de veinte, que se sepa; recientemente ha sido incluida en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Ribadeneyra, (tomo XL, *Libros de Caballerías*). Empapada toda la obra de un cierto idealismo sensual, es de lectura muy peligrosa, especialmente para gente moza e inexperta.

(2) El P. Juan Chanones, sobre cuya vida y santidad hizo proceso en Montserrat, en 1590. (Puede verse en *Monumenta Historica S. J.; Scripta de Sto. Ignatio*, tomo II, p. 430). Sobre la estancia de San Ignacio en Montserrat véase el *Proceso* habido allí en 1595 (en el mismo tomo p. 381); además: Creixell, *San Ignacio en Montserrat*, Barcelona; Crusellas, *Nueva Historia del Santuario y Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat*, Barcelona, 1896.

terminación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto.

18. La víspera de nuestra Señora de Marzo en la noche, el año de 22, se fué lo más secretamente que pudo a un pobre, y, despojándose de todos sus vestidos, los dió a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fué a hincar de rodillas delante el altar de nuestra Señora; y unas veces de esta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche. Y en amaneciendo se partió por no ser conocido, y se fué, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen y le honrasen, más desvióse a un pueblo, que se dice Manresa, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado y con que iba muy consolado. Y yendo ya una legua de Monserrate, le alcanzó un hombre, que venía con mucha priesa en pos de él, y le preguntó si había él dado unos vestidos a un pobre, como el pobre decía; y respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos, de compasión, porque entendió que lo vejaban, pensando que los había hurtado. Mas por mucho que él huía la estimación, no pudo estar mucho en Manresa sin que las gentes dijese grandes cosas, naciendo la opinión de lo de Monserrate; y luego creció la fama de decir más de lo que era: que había dejado tanta renta, etc.

■ ■ ■



CAPÍTULO TERCERO

ENTABLA EN MANRESA UNA VIDA POBRE Y AUSTERA.—ES TENTADO DEL DEMONIO, Y ATORMENTADO DE ESCRÚPULOS.—LIBRADO POR DIOS DE LAS VEJACIONES DEL ENEMIGO, LLEGA A SER, CON LA GRACIA DIVINA, UN EXCELENTE MAESTRO DE ESPÍRITU, Y RECIBE EXTRAORDINARIOS FAVORES CELESTIALES.—VENCE EL ESPÍRITU DE VANAGLORIA.—PARTE PARA BARCELONA, CON INTENTO DE EMBARCARSE PARA ITALIA.

19. <Y> demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa, de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso (1). Estando en este hospi-

(1) Es notable la semejanza de San Ignacio que nos dejó Juan Pascual, el cual, niño aún, hizo el camino de Montserrat a Manresa en compañía del Santo, quien contaba a la sazón unos treinta años. Dice que iba vestido como romero, y que era no muy alto, pero blanco y rubio, y de muy buena cara y grave, y sobre todo de gran modestia en los ojos que apenas los alzaba de tierra, y venía muy cansado y cojeando de la pierna derecha. (*Relación* p. 83-4). El padre Ribadeneira añade que el cabello, como entonces se usaba, por tenerle rubio y muy hermoso, le había dejado crecer. (*Vida*, lib. I, cap. V).

tal (1) le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No divisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. Él se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desolaba de ello.

20. Hasta este tiempo siempre había perseverado casi en un mismo estado interior con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales. Estos días que duraba aquella visión o algún poco antes que comenzase (porque ella duró muchos días), le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su vida, como si le dijeran dentro del alma: ¿Y cómo podrás tu sufrir esta vida 70 años que has de vivir? Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza (sintiendo que era del enemigo): ¡Oh miserable! ¿puedesme tú prometer una hora de vida? Y así venció la tentación y quedó quieto. Y esta fué la primera tentación que le vino después de lo arriba dicho. Y fué esto entrando en una iglesia en la cual oía cada día la misa mayor, y las vísperas y completas, todo cantado, sintiendo en ello gran consolación; y ordinariamente leía a la misa la pasión, procediendo siempre en su igualdad.

(1) El hospital de Santa Lucia. Para ilustrar la vida del Santo en Manresa véase especialmente el *Proceso* tenido en esta ciudad en 1595 (*Monumenta Historica S. I., Scripta de Sto. Ignatio*, tomo II, p. 332) y el *Remisorial Manresano* de 1606 (en el mismo tomo p. 397); la *Relación* de Juan Pascual (en el mismo tomo p. 80). Además: Flita, *La Santa Cueva de Manresa*, Manresa, 1872; Nonell, *La Cueva de San Ignacio en Manresa*, Manresa, 1918; *Album de San Ignacio en Manresa*; Nonell, *Manresa Ignaciano*, nuevo *album histórico*, Manresa, 1915; Creixell, *San Ignacio en Manresa*, 1914; id., *Residencia y Colegio de San Ignacio en Manresa*, Manresa, 1912.

21. Mas luego después de la susodicha tentación, empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezo, ni en el oír la misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole tanto al contrario de esto, y tan súbitamente, que parecía habérsele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno. Y aquí se empezó a espantar de estas variedades, que nunca antes había probado, y a decir consigo. ¿Qué nueva vida es ésta que ahora comenzamos? En este tiempo conversaba todavía algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle; porque, aunque no tenía conocimiento de cosas espirituales, todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios. Había en Manresa en aquel tiempo una mujer de muchos días y muy antigua también en ser sierva de Dios, y conocida por tal en muchas partes de España; tanto, que el rey católico la había llamado una vez para comunicarle algunas cosas. Esta mujer, tratando un día con el nuevo soldado de Cristo, le dijo: «Oh! plega a mi Señor Jesucristo que os quiera aparecer un día». Mas él, espantó[se] de esto, tomando la cosa así a la grossa, «¿cómo me ha a mí de aparecer Jesucristo?» Perseveraba siempre en sus solitas confesiones y comuniones cada domingo.

22. Mas en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos. Porque, aunque la confesión general, que había hecho en Monserrate, había sido con usaz diligencia, y toda por escrito, como está dicho, todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho. Y así empezó a buscar algunos hombres espirituales, que le remediasen de estos escrúpulos; mas ninguna cosa le ayudaba. Y en fin un doctor de la Seo, hombre muy espiritual, que allí predicaba, le dijo un día en la confesión que escribiese todo lo que se pu-

die[se] acordar. Hizolo, así y después de confesado, todavía le tornaban los escrúpulos adelgazándose cada vez las cosas, de modo que él se hallaba muy atribulado; y aunque casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño, que sería bueno quitarse de ellos, mas no lo podía acabar consigo. Pensaba algunas veces que le sería remedio mandarle su confesor en nombre de Jesucristo que no confesase ninguna de las cosas pasadas; y así deseaba que el confesor se lo mandase, mas no tenía osadía para decírselo al confesor.

23. Mas, sin que él se lo dijese, el confesor vino a mandarle que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara. Mas como él tenía todas aquellas cosas por muy claras, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo. A este tiempo estaba el dicho en una camarilla, que le habían dado los dominicanos en su monasterio y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los más ejercicios ya dichos; más en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; y una vez, de muy atribulado de ellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios bocalmente, diciendo: «Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura, que si yo pensase de poder hallar[lo], ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, donde lo hallo; que, aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré».

24. Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía y estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: «Señor, no haré cosa que te ofenda: replicando estas palabras, así como las primeras, muchas veces». Y así le vino al pensamiento la historia

de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacerlo, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese o que se viese ya del todo cercana la muerte; porque si le acaeciese verse *in extremis*, de modo que, si no comiese, se hubiese de morir luego, entonces determinaba de pedir pan y comer (<como si> lo pudiera él en aquel extremo pedir, ni comer).

25. Esto acaeció un domingo después de haberse comulgado; y toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa, no dejando de hacer los sólitos ejercicios, <aún> de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, <aún> a media noche, etc. Mas venido el otro domingo, que era menester ir a confesarse, como a su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente, le dijo también cómo aquella semana no había comido nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas, todavía obedeció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de escrúpulos; más el tercer día, que era martes, estando en oración, se comenzó [a] acordar de los pecados, y así como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesarlos. Mas en la fin de estos pensamientos le vinieron unos disgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejarla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las lecciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia.

26. <Además> de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales; y todo lo más del día que le vacaba daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído. Mas cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho; y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que él tenía tanto tiempo determinado para tratar con Dios, y después todo el resto del día; y por aquí empezó a dudar si venían de buen espíritu aquellas noticias, y vino a concluir consigo que era mejor dejarlas, y dormir el tiempo destinado, y lo hizo así.

27. Y perseverando en la abstinencia de no comer carne, y estando tan firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, cuando fué levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo de ella; y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar de ello, sino determinarse que debía comer carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación; mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar de ello.

En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina Majestad: y algo de esto se puede ver por los cinco puntos siguientes.

28. *Primero*.—Tenía mucha devoción a la santísima

Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres personas distintamente. Y haciendo también a la santísima Trinidad, le venía un pensamiento, que cómo hacía cuatro oraciones a la Trinidad? Mas este pensamiento le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia. Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio (1) las horas de nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que veía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción, haciendo oración a la santísima Trinidad.

29. *Segundo*.—Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que de ella había Dios lumbre. Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma.

Tercero.—En la misma Manresa, adonde estuvo casi un año, después que empezó a ser consolado de Dios y vió el fruto que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos. Así que, estando en este pueblo en la iglesia del dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el *Corpus Domini*, vió con los ojos interiores unos como

(1) De Santo Domingo. Allí es fama que el Santo, con espíritu de penitencia, llevaba una grande cruz a cuestas (Véase Soler y March, *Manresa en 1710 y 1711, códex inedit del P. Fra Domingo Muxiga*, Manresa, 1912).

rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vió con el entendimiento claramente fué ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesucristo, nuestro señor.

Cuarto.—Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vió en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Jerusalén, y otra vez caminando junto a Padua.

A nuestra Señora también ha visto en <semejante> forma, sin distinguir las partes. Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: Si no hubiese escritura que no[s] enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto.

30. *Quinto.*—Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo (1), y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron [a] abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque

(1) Consta por otros documentos que en realidad esta iglesia fué la de San Pablo; todavía se conserva; está situada a la izquierda del Cardoner, en el camino de San Vicente. Trató de propósito de esta soberana ilustración de San Ignacio el P. Nonell, *La última ilustración, origen de la Compañía de Jesús*, Manresa, 1917.

fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola.

31. Y esto fué en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes. Y después que esto duró un buen rato, se fué a hincar de rodillas a una cruz, que estaba allí cerca, a dar gracias a Dios, y allí le apareció aquella visión, que muchas veces le aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella cosa que arriba se dijo, que le parecía muy hermosa, con muchos ojos. Mas bien vió, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa color como solía; y tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio; y así después muchas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él, a modo de menosprecio, lo desechaba con un bordón que solía traer en la mano.

32. Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento, que le decía que era justo, con el cual tomaba tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante; y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre; mas no podía vencer el tal pensamiento por mucho que trabajaba por vencerle. Mas aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar y empezó a dar grandes gritos a unas señoras, que eran allí venidas por visitarle, que por amor de Dios, cuando otra vez le viesen en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces, diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios.

33. Otra vez, viniendo de Valencia para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que, a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podría huir de la muerte. (1) En este tiempo, examinándose bien, y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dio[s] Nuestro Señor le había comunicado.

Otra vez el año de 50 estuvo muy malo de una recia enfermedad que, a juicio suyo y aun de muchos, se tenía por la última. En este tiempo, pensando en la muerte, tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derretía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto de aquella consolación.

34. Viniendo el invierno (2), se enfermó de una enfermedad muy recia, y para curarle le ha puesto la ciudad en una casa del padre de un Ferrera, que después ha sido criado de Baltasar de Faria, y allí era curado con mucha diligencia; y por la devoción que ya tenían con él muchas señoras principales, le venían a velar de noche. Y rehaciéndose de esta enfermedad, quedó todavía muy debili-

(1) Sucedió esto a fines del año 1535. A 12 de Febrero de 1536 escribía San Ignacio desde Venecia a Jaime Cazador, entonces arcediano y después obispo de Barcelona (1546): «Antes de Navidad con quince días, estuve en Bolonia siete días en la cama, con dolor de estómago, frios y calenturas; así determiné de venir a Venecia, donde habrá mes y medio que estoy, en gran manera con mucha mejoría de mi salud, y en compañía y casa de un hombre mucho docto y bueno (Mosén Juan Claret); que me parece que más a mi propósito en todas estas partidas no pudiera estar. (Monumenta Historica S. J., Sancti Ignatii... Epistolae, I, p. 91). Respecto a la estancia de San Ignacio en la ciudad de Valencia se encontrarán curiosas noticias en Sales, *Memorias históricas del antiguo santuario del Santo Sepulcro de Valencia*, (1748, cap. XII, p. 103).

(2) Continúa el Santo la relación de su estancia en Manresa.

tado y con frecuente dolor de estómago. Y así por estas causas como por ser el invierno muy frío, le hicieron que se vistiese y calzase y cubriese la cabeza; y así le hicieron tomar dos ropillas pardillas de paño muy grueso, y un bonete de lo mismo como media gorra. Y a este tiempo había muchos días que él era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces de ellas. Íbase llegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Jerusalén.

35. Y así al principio del año 23 se partió para Barcelona para embarcarse. Y aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio. Y así un día a unos que mucho le instaban, porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayudaría, y loándosele mucho, él dijo que aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona, no iría en su compañía; porque él deseaba tener tres virtudes: caridad y fe y esperanza; y llevando un compañero, cuando tuviese hambre esperaría de él; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiara de él y le tendría afición por estos respetos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. Y esto, que decía de esta manera, lo sentía así en su corazón. Y con estos pensamientos él tenía deseos de embarcarse, no solamente solo, mas sin ninguna provisión. Y empezando a negociar la embarcación, alcanzó del maestro de la nave que le llevase de valde, pues que no tenía dineros, mas con tal condición, que había de meter en la nave algún bizcocho para mantenerse, y que de otra manera de ningún modo del mundo le recibirían.

36. El cual bizcocho queriendo negociar, le vinieron grandes escrúpulos: ¿Esta es la esperanza y la fe que tu tenías en Dios, que no te faltaría? etc. Y esto con tanta eficacia, que le daba gran trabajo. Y al fin, no sabiendo qué hacerse, porque de entrambas partes veía razones pro-

bables, se determinó de ponerse en manos de su confesor; y así le declaró cuánto deseaba seguir la perfección, y lo que más fuese gloria de Dios, y las causas que le hacían dudar si debería llevar mantenimiento. El confesor se resolvió que pidiese lo necesario y que lo llevase consigo; y pidiéndolo a una señora, ella le demandó para dónde se quería embarcar. Él estuvo dudando un poco si se lo diría; y a la fin no se atrevió a decirle más, sino que venía a Italia y a Roma. Y ella, como espantada, dijo: «¿A Roma queréis ir? Pues los que van allí, no sé cómo vienen» (queriendo decir que se aprovechaban en Roma poco de cosas de espíritu). Y la causa porque él no osó decir que iba a Jerusalén fué por temor de la vanagloria; el cual temor tanto le afligía, que nunca osaba decir de qué tierra ni de qué casa era. Al fin, habido el bizcocho, se embarcó; mas hallándose en la playa con cinco o seis blancas, de las que le habían dado pidiendo por las puertas (porque de este manera solía vivir), las dejó en un banco que halló allí junto a la playa.

37. Y se embarcó, habiendo estado en Barcelona poco más de veinte días. Estando todavía aún en Barcelona antes que se embarcase, según su costumbre, buscaba todas las personas espirituales, aunque estuviesen en ermitas lejos de la ciudad, para tratar con ellos. Mas ni en Barcelona ni en Manresa, por todo el tiempo que allí estuvo, pudo hallar personas, que tanto le ayudasen como él deseaba; solamente en Manresa aquella mujer, de que arriba está dicho, que le dijera que roga[ba] a Dios le apareciese Jesucristo: esta sola le parecía que entraba más en las cosas espirituales. Y así, después de partida de Barcelona, perdió totalmente esta ansia de buscar personas espirituales.

• • •

CAPÍTULO CUARTO

HACE SU CAMINO A ROMA, A VENECIA Y A JERUSALÉN

38. Tuvieron viento tan recio en popa, que llegaron desde Barcelona hasta Gaeta en cinco días con sus noches, aún con harto temor de todos por la mucha tempestad. Y por toda aquella tierra se temían de pestilencia, mas él, como desembarcó, comenzó a caminar para Roma. De aquellos que venían en la nave se le juntaron en compañía una madre, con una hija que traía en hábito de muchacho, y un otro mozo. Estos le seguían, porque también mendigaban. Llegados a una casería hallaron un grande fuego, y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos, de manera que parecía que tuviesen intento de <calentarles>. Después los apartaron, y comiendo la madre y la hija arriba en una cámara, y el peregrino con el mozo en un establo. Mas cuando vino la media noche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos, y levantándose para ver lo que era, halló la madre y la hija abajo en el patio muy llorosas, lamentándose (1). A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: «¿Esto se ha de sufrir?» y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno. El mozo había ya huído, y todos tres empezaron a caminar así de noche.

39. Y llegados a una ciudad que estaba cerca, la halla-

(1) Faltan cuatro palabras.

ron cerrada; y no pudiendo entrar, pasaron todos tres aquella noche en una iglesia que allí estaba, llovida. A la mañana no les quisieron abrir la ciudad, y por de fuera no hallaban limosna, aunque fueron a un castillo que parecía cerca de allí, en el cual el peregrino se halló fiaco, así del trabajo de la mar, como de lo demás, etc. Y no pudiendo más caminar, se quedó allí; y la madre y la hija se fueron hacia Roma. Aquel día salieron de la ciudad mucha gente; y sabiendo que venía allí la señora de la tierra, se le puso delante, diciéndole que de sola flaqueza estaba enfermo; que le pedía le dejase entrar en la ciudad para buscar algún remedio. Ella lo concedió fácilmente. Y empezando a mendigar por la ciudad, halló muchos cuatrines (1), y rehaciéndose allí dos días, tornó a proseguir su camino, y llegó a Roma el domingo de Ramos.

40. Donde todos los que le hablaban, sabiendo que no llevaba dineros para Jerusalén, le empezaron a disuadir la ida, afirmándole con muchas razones que era imposible hallar pasaje sin dineros; mas él tenía una grande certidumbre en su alma, que no podía dudar, sino que había de hallar modo para ir a Jerusalén. Y habiendo tomado la bendición del papa Adriano sexto, después se partió para Venecia ocho días o nueve después de pascua de resurrección. Llevaba todavía seis o siete ducados, los cuales le habían dado para el pasaje de Venecia a Jerusalén y él los había tomado, vencido algo de los temores que le ponían de no pasar de otra manera. Mas dos días después de ser salido de Roma empezó a conocer que aquello había sido la desconfianza que había tenido, y le pesó mucho de haber tomado los ducados, y pensaba si sería bueno dejarlos. Mas al fin se determinó de gastarlos largamente en los que se ofrecían, que ordinariamente eran pobres. Y hizolo de manera, que, cuando después llegó a Venecia,

(1) El cuatrín era una moneda italiana de escaso valor; venía a equivaler a la sexagésima parte de una lira italiana.

no llevaba más que algunos cuatrines, que aquella noche le fueron necesarios.

41. Todavía por este camino hasta Venecia, por las guardas que eran de pestilencia, dormía por los pórticos, y alguna vez le acaeció, en levantándose a la mañana, topa[r] con un hombre, el cual, en viendo que le vió, con grande espanto se puso a huir, porque parece que le debía de ver muy descolorido.

Caminando así llegó a Chozas, y con algunos compañeros que se le habían juntado, supo que no les dejarían entrar en Venecia; y los compañeros determinaron ir a Padua para tomar allí cédula de sanidad, y así partió él con ellos; mas no pudo caminar tanto, porque caminaban muy recio, dejándole, casi noche, en un grande campo; en el cual estando, le apareció Cristo de la manera que le solía aparecer, como arriba hemos dicho, y lo confortó mucho. Y con esta consolación, el otro día a la mañana, sin contrahacer cédula, como (creo) habían hecho sus compañeros, llega a la puerta de Padua y entra, sin que las guardas le demandasen nada; y lo mismo le acaeció a la salida; de lo cual se espantaron mucho sus compañeros, que venían de tomar cédula para ir a Venecia, de la cual él no se curó.

42. Y llegados a Venecia vinieron las guardas a la barca para examinar a todos, uno por uno, que hartos había en ella; y a él solo dejaron. Manteníase en Venecia mendigando y dormía en la plaza de San Marcos; mas nunca quiso ir a casa del embajador del emperador (1), ni hacía diligencia especial para buscar con que pudiese pasar; y tenía una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo par[a] ir a Jerusalén; y esta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que le ponían le podían hacer dudar.

(1) El embajador ordinario de Carlos V en Venecia era Alfonso Sánchez.

Un día le topó un hombre rico español y le preguntó lo que hacía y dónde quería ir; y sabiendo su intención, lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se aparejó la partida. Tenía el peregrino esta costumbre ya desde Manresa, que cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía.

43. Y esta fué la causa porque el hombre de bien con toda su casa tanto se aficionaron a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella, y el mismo huésped lo llevó al duque de Venecia (1) para que le hablase, <esto es>, le hizo dar entrada y audiencia. El duque, como oyó al peregrino, mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Chipre.

Aunque aquel año eran venidos muchos peregrinos a Jerusalén, los más de ellos eran vueltos a sus tierras por el nuevo caso que había acaecido de la tomada de Rodas. Todavía había trece en la nave peregrina, que partió primero, y ocho o nueve que quedaban para la de los gobernadores; la cual estando para partirse, le viene al nuestro peregrino una grave enfermedad de calenturas; y después de haberle tratado mal algunos días, le dejaron, y la nave se partía el día que él había tomado una purga. Preguntaron los de casa al médico si podría embarcarse para Jerusalén, y el médico dijo que, para allá ser sepultado, bien se podría embarcar; mas él se embarcó y partió aquel día (2); y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fué del todo comenzando a sanar. En esta nave se hacían algunas suciedades y torpezas manifiestas, las cuales él reprendía con severidad.

(1) Andrés Gritti.

(2) Hizose a la vela y salió de Venecia a 14 de julio de 1533; el resto del mes de julio y todo el mes de Agosto gastó en la navegación. (Ribaneira, *Vida*, lib. I, cap. XI).

44. Los españoles que allí iban le avisaban no lo hiciese, porque trataban los de la nave de dejarlo en alguna insula. Mas quiso nuestro Señor que llegaron presto a Chipre, a donde, dejada aquella nave, se fueron por tierra a otro puerto que se dice las Salinas, que estaba diez leguas de allí, y entraron en la nave peregrina, en la cual tampoco no metió más para su mantenimiento, que la esperanza que llevaba en Dios, como había hecho en la otra. En todo este tiempo le aparecía muchas veces nuestro Señor, el cual le daba mucha consolación y esfuerzo; mas parecíale que veía una cosa redonda y grande, como si fuese de oro, y esto se le representaba. Después de partidos de Chipre llegaron a Jafa; y caminando para Jerusalén en sus asnillos, como se acostumbra, antes de llegar a Jerusalén dos millas, dijo un español, noble, según parecía, llamado por nombre Diego Manes, con mucha devoción a todos los peregrinos, que, pues de ahí a poco habían de llegar al lugar de donde se podría ver la santa ciudad, que sería bueno todos se aparejasen en sus conciencias, y que fuesen en silencio.

45. Y pareciendo bien a todos, se empezó cada uno a recoger; y un poco antes de llegar al lugar donde se veía, se apearon, porque vieron los frailes con la cruz que los estaban esperando. Y viendo la ciudad tuvo el peregrino grande consolación; y según los otros decían, fué universal en todos, con una alegría que no parecía natural; y la misma devoción sintió siempre en las visitas de los lugares santos.

Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, <a más> de esta devoción, de ayudar las ánimas; y para este efecto traía cartas de encomienda para el Guardián, las cuales le dió, y le dijo su intención de quedar allí por su devoción, mas no la segunda parte, de querer aprovechar las ánimas, porque [e]sto a ninguno lo decía, y la primera había muchas veces publicado. El

Guardián le respondió que no veía cómo su quedada pudiese ser, porque la casa estaba en tanta necesidad, que no podía mantener los frailes, y por esta causa estaba determinado de mandar con los peregrinos [algunos] a estas partes. Y el peregrino respondió que no quería ninguna cosa de la casa, sino solamente que, cuando algunas veces él viniese a confesar, le oyesen de confesión. Y con esto el Guardián le dijo, que de aquella manera se podría hacer; mas que esperase hasta que viniese el Provincial (creo que era el supremo de la orden en aquella tierra), el cual estaba en Belén.

46. Con esta promesa se aseguró el peregrino, y empezó a escribir cartas para Barcelona para personas espirituales. Teniendo ya escrita una y estando escribiendo la otra, vispera de la partida de los peregrinos, le vienen a llamar de parte del Provincial y del Guardián porque había llegado; y el Provincial le dice con buenas palabras cómo había sabido su buena intención de quedar en aquellos lugares santos; y que había bien pensado en la cosa; y que, por la experiencia que tenía de otros, juzgaba que no convenía. Porque muchos habían tenido aquel deseo, [y] quién había sido preso, quién muerto; y que después la religión quedaba obligada a rescatar los presos; y por tanto él se aparejase de ir el otro día con los peregrinos. Él respondió esto: que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dejarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque al Provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado, que él no dejaría su propósito por ningún temor. A esto dijo el Provincial que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les pareciese, y para poder descomulgar a quien no les quisiese obedecer, y que en este caso ellos juzgaban que él no debía de quedar, etc.

47. Y queriéndole demostrar las bulas, por las cuales le podían descomulgar, él dijo que no era menester verlas;

que él creía a sus Reverencias; y pues que así juzgaban con la autoridad que tenían, que él les obedecería.

Y acabado esto, volviendo donde antes estaba, le vino grande deseo de tornar [a] visitar el monte Olivete antes que se partiese, ya que no era voluntad de nuestro Señor que él quedase en aquellos santos lugares. En el monte Olivete está un[a] piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún ahora las pisadas impresas; y esto es lo que él quería tornar a ver. Y así, sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren grande peligro), se descabulló de los otros, y se fué solo al monte Olivete. Y no lo querían dejar entrar las guardas. Lea dió un cuchillo de las escribanías que lleva[ba]; y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betfage, y estando allí, se tornó [a] acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y tornando allá, creo que dió las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar.

48. Cuando en el monasterio se supo que él era partido así sin guía, los frailes hicieron diligencias para buscarle; y así, descendiendo él del monte Olivete, topó con un cristiano de la cintura (1), que servía en el monasterio, el cual con un grande bastón y con muestra de grande enojo hacía señas de darle. Y llegando a él travóle reciamente del brazo, y él se dejó fácilmente llevar. Mas el buen hombre nunca le desasíó. Yendo por este camino así asido del cristiano de la cintura, tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parecía que veía [a] Cristo siempre sobre él. Y esto, hasta que llegó al monasterio, duró siempre en grande abundancia.

(1) O sea de los que llamaban de la cintura.

CAPÍTULO QUINTO

DE VUELTA DE PALESTINA, LLEGA IGNACIO A CHIPRE.—ALLÍ
SE HACE A LA VELA PARA VENECIA Y GÉNOVA.—PRESO
COMO ESPÍA, ES INJURIADO DE LA SOLDADESCA.—SE
EMBARCA PARA BARCELONA.

49. Partieron el otro día y, llegados a Chipre, los peregrinos se apartaron en diversas naves. Había en el puerto 3 ó 4 naves para Venecia; una de turcos, y otra era un navío muy pequeño, y la 3.^a era una nave muy rica y poderosa de un hombre rico veneciano. Al patrón de ésta pidieron algunos peregrinos quisiese llevar al peregrino; mas él, como supo que no tenía dineros, no quiso, aunque muchos se lo rogaron, alabándole, etc. Y el patrón respondió que, si era santo, que pasase como pasó Santiago, o una cosa simil. Estos mismos rogadores lo alcanzaron muy fácilmente del patrón del pequeño navío. Partieron un día con próspero viento por la mañana, y a la tarde les vino una tempestad, con que se despartieron unas de otras, y la grande se fué a perder junto a las mismas islas de Chipre, y sólo la gente salvó, y la nave de los turcos se perdió, y toda la gente con ella, con la misma tormenta. El navío pequeño pasó mucho trabajo, y al fin vinieron a tomar una tierra de la Apulia. Y esto en la fuerza del invierno; y hacía grandes fríos y nevaba; y el peregrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo.

50. Llegó a Venecia mediado Enero del año 24, habiendo estado en el mar desde Chipre todo el mes de Noviembre y Diciembre, y lo que era pasado de Enero. En Venecia le halló uno de aquellos dos que le habían acogido en su casa antes que partiese para Jerusalén, y le dió de limosna 15 o 16 julios (1) y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces, y le puso sobre el estómago por el gran frío que hacía.

Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando <qué debía hacer>, y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona; y así se partió de Venecia para Génova. Y estando un día en Ferrara en la iglesia principal, cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dió un marquete, que es moneda de 5 ó 6 cuatrines. Y después de aquél vino otro, y le dió otra monedilla que tenía algo mayor. Y al tercero, no teniendo sino julios, le dió un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo que traía. Y al fin vinieron muchos pobres juntos a pedir limosna. Él respondió que le perdonasen, que no tenía nada más.

51. Y así se partió de Ferrara para Génova. Halló en el camino unos soldados españoles, que aquella noche le hicieron buen tratamiento; y se espantaron mucho cómo hacía aquel camino, porque era menester pasar casi por medio de entrambos los ejércitos, franceses e imperiales; y le rogaban que dejase la vía real, y que tomase otra segura que le enseñaban. Mas él no tomó su consejo; sino caminado su camino derecho, topó con un pueblo quemado y destruído, y así hasta la noche no halló quien le diese nada para comer. Mas cuando fué a puesta de sol, llegó

(1) Moneda antigua italiana de plata, equivalente a la décima parte de un escudo romano.

a un pueblo cercado, y las guardas le cogieron luego, pensando que fuese espía; y metiéndole en una casilla junto a la puerta, le empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospecha; y respondiendo a todas las preguntas que no sabía nada. Y le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, para ver si llevaba alguna letra. Y no pudiendo saber nada por ninguna vía, traxeron de él para que viniese al capitán; que él le haría decir. Y diciendo él que le llevasen cubierto con su ropilla, no quisieron dársela, y llevarónle así con los zaragüelles y jubón arriba dichos.

52. En esta ida tuvo el peregrino como una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque no fué visión como las otras. Y fué llevado por tres grandes calles; y él iba sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento. Él tenía la costumbre de hablar, a cualquiera persona que fuese, por vos, teniendo esta devoción, que así hablaba Cristo y los apóstoles, etc. Yendo así por estas calles, le pasó por la fantasía que sería bueno dejar aquella costumbre en aquel trance y hablar por señoría al capitán, y esto con algunos temores de tormentos que le podían dar, etc. Mas como conoció que era tentación: pues así es, dice, yo no le hablaré por señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré [la] caperuza.

53. Llegan al palacio del capitán, y déjante en una sala baja, y de allí a un rato le habla el capitán. Y él sin hacer ningún modo de cortesía, responde pocas palabras, y con notable espacio entre una y otra. Y el capitán le tuvo por loco, y así lo dijo a los que lo trajeron: este hombre no tiene seso; dadle lo suyo y echadlo fuera. Salido de palacio, luego halló un español que allí vivía, el cual lo llevó así a su casa, y le dió con que desayunase y todo lo necesario para aquella noche. Y partido a la mañana, caminó hasta la tarde, que le vieron dos soldados que estaban en una torre, y bajaron a prenderle. Y llevándolo al capitán, que era francés, el capitán le preguntó entre las

otras cosas, de qué tierra era; y entendiendo que era de Guipúzcoa, le dijo: «yo soy de allí de cerca»; parece ser junto a Bayona; y luego dijo: «llebadle, y dadle de cenar, y hacedle buen tratamiento». En este camino de Ferrara para Génova pasó otras cosas muchas menudas, y a la fin llegó a Génova, donde le conoció un vizcaino que se llamaba Portundo (1), que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte del rey católico. Éste le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona, en la cual corrió mucho peligro de ser tomado de Andrea Doria, que le dio caza, el cual entonces era francés (2).

(1) Rodrigo Portundo; era entonces General de las galeras de España.

(2) Es decir, militaba entonces en favor de Francia.

■ ■ ■

CAPÍTULO SEXTO

COMIENZA IGNACIO A ESTUDIAR EN BARCELONA.—VASE A ALCALÁ Y JUNTA COMPAÑEROS.—ES ACUSADO Y METIDO EN LA CÁRCEL.—DECLARADO INOCENTE, SE PARTE DE ALCALÁ.

54. Llegado a Barcelona (1) comunicó su inclinación de estudiar con Isabel Roser, y con un maestro Ardébalo que enseñaba gramática. A entrambos pareció muy bien, y él se ofreció enseñarle de valde, y ella de dar lo que fuese menester para sustentarse. Tenía el peregrino en Manresa un fraile, creo que de San Bernardo (2), hombre muy espiritual, y con éste deseaba estar para aprender, y para poderse dar más cómodamente al espíritu, y aun aprovechar a las ánimas. Y así respondió que aceptaba la oferta, si no hallase en Manresa la comodidad que esperaba. Mas ido allá halló que el fraile era muerto, y así vuelto a Barcelona, comenzó a estudiar con harta diligencia. Mas impedíale mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar, como es necesario en los principios de gramática,

(1) Sobre la estancia del Santo en Barcelona véase especialmente la citada *Relación* de Juan Pascual; el *Proceso* de Barcelona de 1595 (en el mismo tomo p. 262); el *Proceso* pequeño de Barcelona de 1598 (en el mismo tomo p. 394); el *Proceso* remitido de Barcelona de 1606 (en el mismo tomo p. 507). Además: Creixell, *San Ignacio en Barcelona*, Barcelona, 1907; Hernández, *La casa de San Ignacio de Loyola en Barcelona*, Barcelona, 1917.

(2) No era de San Bernardo, sino de San Benito, morador del monasterio de San Benito de Bages.

le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos; y esto con tanta manera, que no podía decorar, ni por mucho que repugnase las podía echar.

55. Y así, pensando muchas veces sobre esto, decía consigo: ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la misa no me vienen estas inteligencias tan vivas; y así poco a poco vino a conocer que aquello era tentación. Y después de hecha oración se fué a Santa María de la Mar, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco. Y así, sentados, le declara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuán poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él hacía promesa al dicho maestro, diciendo: «yo os prometo de nunca faltar de oiros estos dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me pueda mantener». Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca tuvo más aquellas tentaciones. El dolor de estómago, que le tomó en Manresa, por causa del cual tomó zapatos, le dejó, y se halló bien del estómago desde que partió para Jerusalén. Y por esta causa, estando en Barcelona estudiando, le vino deseo de tornar a las penitencias pasadas; y así empezó [a] hacer un agujero en las suelas de los zapatos. Ibalos ensanchando poco a poco, de modo que, cuando llegó el frío del invierno, ya no traía sino la pieza de arriba.

56. Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían que había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír artes, y que se fuese [a] Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en teología el cual le aconsejó lo mismo; y así se partió solo para Alcalá, aunque ya tenía algunos compañeros, según creo. Llegado [a] Alcalá empezó a mendigar y a vivir de limosnas. Y después, de allí a 10 ó 12 días que vivía de esta manera, un día un clérigo, y otros que estaban con él, viéndole pedir limosna, se empezaron a reír de él, y decirle algunas injurias, como se suele hacer a estos que, siendo

sanos, mendigan. Y pasando a este tiempo el que tenía cargo del hospital nuevo de la Tarazona (1), mostrando pesar de aquello, le llevó para el hospital, en el cual le dió una cámara y todo el necesario.

57. Estudió en Alcalá casi año y medio; y porque el año de 24.º en la cuaresma llegó en Barcelona, en la cual estudió dos años, el año de 26 llegó [a] Alcalá y estudió términos de Soto, y Física de Alberto, y el Maestro de las Sentencias. Y estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales, y en declarar la doctrina cristiana; y con esto se hacía fruto a gloria de Dios. Y muchas personas hubo, que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones: como era una que queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tuviesen la mano; y otras cosas similares, que hacían rumores en el pueblo, *maxime* por el mucho concurso que se hacía adonde quiera que él declaraba la doctrina. Luego como allegó [a] Alcalá tomó conocimiento con D. Diego de [E]guía, el cual estaba en casa de su hermano (2) que hacía imprenta en Alcalá, y tenía bien el necesario; y así

(1) Debe decir Antezana del nombre de Luis de Antezana que lo había fundado en 1433. Pasó San Ignacio a Alcalá en la primavera de 1523, no podemos precisar el mes ni menos el día. Sobre la estancia del Santo en Alcalá véanse principalmente los *Procesos* seguidos allí contra él y sus compañeros (*Monumenta Historica S. I.; Scripta de Sto. Ignatio*, tomo I, ps. 598, 608, 611) y el *Proceso informativo* de la misma ciudad, a petición de la Compañía, de 1525 (*Ibidem*, tomo II, p. 128). Además: Serrano y Sanz, *San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares*, Madrid, 1893; Fita, *Los tres procesos de San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares. Estudio crítico*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXXIII, 1898, páginas 423-481; Idem, *San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares. Disensión crítica*, en el mismo tomo del *Boletín*, ps. 512-536.

(2) Miguel de Eguía. Es curioso que precisamente el año de 1524, durante la permanencia de San Ignacio en Alcalá, publicó Eguía una edición del Kempis, *De Contemptu Mundi Libellus valde utilis*, el libro favorito del Santo. ¿Influiría éste en la publicación? Es muy probable.

le ayudaban con limosnas para mantener pobres, y tenía los tres compañeros (1) del peregrino en su casa. Una vez, viniéndole a pedir limosna para algunas necesidades, dijo D. Diego que no tenía dineros, mas abrióle una arca, en que tenía diversas cosas, y así le dió paramentos de lechos de diversos colores, y ciertos candeleros, y otras cosas semejantes, las cuales todas, envueltas en una sábana, el peregrino se puso sobre las espaldas, y fué a remediar los pobres.

58. Como arriba está dicho, había grande rumor por toda aquella tierra de las cosas que se hacían en Alcalá, y quién decía de una manera, y quién de otra.

Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores; los cuales venidos [a] Alcalá, fué avisado el peregrino por el huésped de ellos, diciéndole que les llamaban los ensayados, y creo que alumbrados; y que habían de hacer carnicería en ellos. Y así empezaron luego a hacer pesquisa y proceso de su vida, y al fin se volvieron a Toledo sin llamarles, habiendo venido por aquel solo efecto; y dejaron el proceso al vicario Figueroa, que ahora está con el emperador. El cual de ahí [a] algunos días les llamó y les dijo cómo se había hecho pesquisa y proceso de su vida por los inquisidores, y que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida, y que por tanto podían hacer lo mismo que hacían sin ningún impedimento. Mas, no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos de un hábito; que sería bien, y se lo mandaba, que los dos, mostrando el peregrino y Arteaga, tiñesen sus ropas de negro; y los otros dos, Calixto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico, que era mancebo francés, podría quedar así.

(1) Éstos eran Calixto de Sa, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres, de los cuales nos hablará después San Ignacio. No sabemos el tiempo ni el modo como se juntaron en Barcelona estos primeros compañeros del Santo; ya en Alcalá, se les allegó otro jovencito francés llamado Juan Reinalde.

59. El peregrino dice que harán lo que les es mandado. «Mas no sé, dice, qué provecho hacen estas inquisiciones: que a uno, tal, no le quiso dar un sacerdote el otro día el sacramento porque se comulga cada ocho días, y a mí me hacían dificultad. Nosotros queríamos saber si nos han hallado alguna herejía». «No, dice Figueroa, que si la hallaran os quemaran». «También os quemaran a vos, dice el peregrino, si os hallaran herejía». Tienen sus vestes, como les es mandado, y de ahí a 15 ó 20 días le manda el Figueroa al peregrino que no ande descalzo, mas que se calce; y él lo hace así quietamente, como en todos de esa cualidad que le mandaban.

De ahí a 4 meses el mismo Figueroa tornó a hacer pesquisa sobre ellos; y, <a más> de las solitas causas, creo que fuesen también alguna ocasión, que una mujer casada y de cualidad tenía especial devoción al peregrino; y por no ser vista, venía cubierta, como suelen en Alcalá de Henares, entre dos lices, a la mañana, al hospital; y entrando se descubría, y iba a la cámara del peregrino. Mas ni de esta vez les hicieron nada; ni aun después de hecho el proceso les llamaron, ni dijeron cosa alguna.

60. De ahí a otros 4 meses que él estaba ya en una casilla, fuera del hospital, viene un día un alguacil a su puerta, y le llama y dice: «Veníos un poco conmigo».

Y dejándole en la cárcel, le dice: «No salgáis de aquí hasta que os sea ordenada otra cosa». Esto era en tiempo de verano, y él no estaba estrecho, y así venían muchos a visitarle, *maxime* uno, y era confesor (1); y hacía lo mismo que libre, de hacer doctrina y dar ejercicios. No quiso nunca tomar abogado ni procurador, aunque muchos se ofrecían. Acuérdate especialmente de doña Teresa de

(1) Manuel Miona, que después entró en la Compañía. (Véase *Epistolae mixtae*, V, 631-638).

Cárdenas (1), la cual le envió a visitar, y le hizo muchas veces ofertas de sacarle de allí; mas no aceptó nada, diciendo siempre: «Aquél, por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido de ello».

Diecisiete días estuvo en la prisión, sin que le examinasen ni él supiese la causa de ello; al fin de los cuales vino Figueroa a la cárcel, y le examinó de muchas cosas, hasta preguntarle si hacía guardar el sábado.

61. Y si conocía dos ciertas mujeres, que eran madre y hija (2); y de esto dijo que sí. Y si había sabido de su partida antes que se partiesen; y dijo que no, por el juramento que había recibido. Y el vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dijo: «Esta era la causa porque sois aquí venido.» Entre las muchas personas que seguían al peregrino había una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza, y muy vistosa, las cuales habían entrado mucho en espíritu, *maxime* la hija; y en tanto que siendo nobles, eran idas a la Verónica de Jaén a pie, y no sé si mendigando, y solas; y esto hizo grande rumor en Alcalá; y el doctor Ciruelo (3), que tenía alguna protección de ellas, pensó que el preso las había inducido, y por eso le hizo prender. Pues como el preso vió lo que había dicho el vicario, le dijo: «¿Queréis que hable un poco más largo sobre esta materia?» Dice: «Sí». «Pues habéis de saber, dice el preso, que estas dos mujeres muchas veces me han instado para que querían ir por todo el mundo servir a los pobres por

(1) Teresa Enríquez, mujer de Gutiérrez de Cárdenas, madre de Bernardino de Cárdenas y Pacheco, duque de Maqueda, llamada por su devoción a la Eucaristía: «La loca del Sacramento», (Véase *Epistolae mixtae*, II, 649-650, nota 3).

(2) María del Vado y su hija Luisa Velázquez. Las declaraciones que prestaron en el proceso pueden verse en el tomo citado de *Monumenta*, p. 620; o en Fita, p. 454.

(3) Pedro Ciruelo, sobre el cual puede verse Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova*; La fuente, *Historia de las Universidades españolas*, t. II, cap. II.

unos hospitales y por otros; y yo las he siempre desviado de este propósito, por ser la hija tan moza y tan vistosa, etcétera; y les he dicho que, cuando quisiesen visitar a pobres, lo podían hacer en Alcalá, y ir [a] acompañar el santísimo Sacramento.» Y acabadas estas pláticas, el Figueroa se fué con su notario, llevando escrito todo.

62. En aquel tiempo estaba Calixto en Segovia, y sabiendo de su prisión, se vino luego, aunque recién convalecido de una grande enfermedad, y se metió con él en la cárcel. Mas él le dijo que sería mejor irse a presentar al vicario; el cual le hizo buen tratamiento, y le dijo que le mandaría ir a la cárcel, porque era menester que estuviese en ella hasta que viniesen aquellas mujeres, para ver si confirmaban con su dicho. Estuvo Calixto en la cárcel algunos días; mas viendo el peregrino que le hacía mal a la salud corporal, por estar aun no del todo sano, le hizo sacar por medio de un doctor, amigo mucho suyo.

Desde el día que entró en la cárcel el peregrino, hasta que le sacaron se pasaron cuarenta y dos días; al fin de los cuales, siendo ya venidas las dos devotas, fué el notario a la cárcel a leerle la sentencia, que fuese libre, y que se vistiesen como los otros estudiantes, y que no hablasen de cosas de la fe dentro de 4 años que hubiesen más estudiado, pues que no sabían letras. Porque, a la verdad, el peregrino era el que sabía más; y ellas eran con poco fundamento: y ésta era la primera cosa que él solía decir cuando le examinaban.

63. Con esta sentencia estuvo un poco dudoso lo que haría, porque parece que le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas, no dándole causa ninguna, sino porque no habían estudiado. Y en fin él se determinó de ir al Arzobispo de Toledo, Fonseca (1), y ponerle la cosa en sus manos.

Partióse de Alcalá, y halló el Arzobispo en Valladolid;

(1) D. Alfonso de Fonseca y Acevedo.

y contándole la cosa que pasaba fielmente, le dijo que, aunque no estaba ya en su jurisdicción, [y] no era obligado a guardar la sentencia, todavía haría en ello lo que ordenase, hablándole de vos, como solía a todos. El Arzobispo le recibió muy bien, y [entendiendo que deseaba pasar a Salamanca, dijo] que también en Salamanca tenía amigos y un colegio (1), todo le ofreciendo; y le mandó luego, en se saliendo, cuatro escudos.

(1) El colegio mayor de Santiago, vulgarmente llamado del Arzobispo, fundado por Fonseca para estudiantes pobres. Véase La Fuente, *Historia de las Universidades*, t. II, p. 91.



Mignard plnx.

SAN IGNACIO ESCRIBIENDO LOS EJERCICIOS
ESPIRITUALES EN LA CUEVA DE MANRESA



CAPÍTULO SÉPTIMO

LLEGA IONACIO A SALAMANCA.—ACUSADO OTRA VEZ, ES
ENCARCELADO, HASTA QUE SE MANIFIESTA SU INOCEN-
CIA.—DETERMINA IRSE A PARÍS.

64. Llegado a Salamanca, estando haciendo oración en una iglesia, le conoció una devota que era de la compañía, porque los 4 compañeros ya había días que allí estaban, y le preguntó por su nombre, y así lo llevó a la posada de los compañeros. Cuando en Alcalá dieron sentencia que se vistiesen como estudiantes, dijo el peregrino: «Cuando nos mandastes teñir las vestes lo habemos hecho; mas ahora esto no lo podemos hacer, porque no tenemos con qué comprarlas». Y así el mismo vicario les ha proveído de vestiduras y bonetes, y todo lo demás de estudiantes; y de esta manera vestidos habían partido de Alcalá.

Confesábase en Salamanca con un fraile de Santo Domingo en San Juan (1); y habiendo 10 ó 12 días que era allegado, le dijo un día el confesor: «Los Padres de la casa os querían hablar»; y el dijo: «En nombre de Dios», «Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; mas de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas». Y así el domingo

(1) No era el convento de San Juan, sino el de San Esteban; como consta por otros documentos (Véase Polanco, *Chronicon*, I, 38) y han entendido los historiadores (Véase Ribadeneira, *Vida*, lib. I, cap. 15).

vino con Calixto; y después de comer, el Soprior (1), en ausencia del Prior, con el confesor, y creo yo que con otro fraile, se fueron con ellos en una capilla, y el Soprior con buena afabilidad empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban predicando a la apostólica; y que holgarían de saber de estas cosas más particularmente. Y así comenzó a preguntar qué es lo que habían estudiado. Y el peregrino respondió: «Entre todos nosotros el que más ha estudiado soy yo», y le dió claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento.

65. «Pues luego ¿qué es lo que predicáis?» «Nosotros dice el peregrino, no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman». «Mas, dice el fraile, ¿de qué cosas de Dios habláis? que eso es lo que quisiéramos saber». «Hablamos, dice el peregrino, cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprendiendo». «Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios, y de esto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu Santo. No por letras; pero por Espíritu Santo: y esto, que es del Espíritu Santo, es lo que queríamos saber». Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no pareciéndole bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más de estas materias. Instando el fraile: «Pues ahora que hay tantos errores de Erasmo (2)

(1) El que fué más adelante confesor de Carlos V y teólogo del concilio de Trento, Fray Pedro de Soto. El nombre de este Subprior nos lo revela una carta del B. Pedro Fabro (Véase *Cartas y otros escritos del B. Pedro Fabro*, Bilbao, 1894, t. I, p. 46).

(2) La lucha entre los partidarios de Erasmo y sus impugnadores era entonces vivísima en España (Véase Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, tomo II, lib. IV, cap. I: Bonailla y San Martín, *Las Vices y la Filosofía del Renacimiento*, Madrid, 1903, cap. IX).

y de tantos otros, que han engañado al mundo ¿no queréis declarar lo que decís?»

66. El peregrino dijo: «Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello». Antes de esto había demandado por qué venía Calixto así vestido, el cual traía un sayo corto y un grande sombrero en la cabeza, y un bordón en la mano, y unos botines casi hasta media pierna; y por ser muy grande, parecía más deforme. El peregrino le contó cómo habían sido presos en Alcalá, y les habían mandado vestir de estudiantes; y aquel su compañero, por las grandes calores, había dado su loba a un pobre clérigo. Aquí dijo el fraile como entre dientes, dando señas que no le placía: «*Charitas incipit a seipso*». <«La caridad comienza por sí mismo»>.

Pues tornando a la historia, no pudiendo el Soprior sacar otra palabra del peregrino sino aquella, dice: «Pues quedaos aquí, que bien haremos con que lo digáis todo»; y así se van todos los frailes con alguna priesa. Preguntando primero el peregrino si querrian que quedasen en aquella capilla, o adónde querrian que quedase, respondió el Soprior, que quedasen en la capilla. Luego los frailes hicieron cerrar todas las puertas, y negociaron, según parece, con los jueces. Todavía los dos estuvieron en el monasterio 3 días, sin que nada se les hablase de parte de la justicia, comiendo en el refitorio con los frailes. Y casi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a verles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía, de modo que entre ellos había ya como división, habiendo muchos que se mostraban afectados.

67. Al cabo de los tres días vino un notario y llevóles a la cárcel. Y no los pusieron con los malhechores en bajo, mas en un aposento alto, adonde, por ser cosa vieja y deshabitada, había mucha suciedad. Y pusieronlos entrambos en una misma cadena, cada uno por su pie; y la cadena estaba apegada a un poste que estaba en medio

de la casa, y sería larga de 10 ó 13 palmos; y cada vez que uno quería hacer alguna cosa, era menester que el otro le acompañase. Y toda aquella noche estuvieron en vigilia. Al otro día, como se supo en la ciudad de su prisión, les mandaron a la cárcel en qué durmiesen, y todo lo necesario abundantemente; y siempre venían muchos a visitarles, y el peregrino continuaba sus ejercicios de hablar de Dios, etc.

El bachiller Frías (1) les vino a examinar a cada uno por sí, y el peregrino le dió todos sus papeles, que eran los Ejercicios, para que los examinasen. Y preguntándolos si tenían compañeros, dijeron que sí y adónde estaban, y luego fueron allí por mandado del bachiller, y trajeron a la cárcel [a] Cáceres y Arteaga, y dejaron a Juanico, el cual después se hizo fraile. Mas no los pusieron arriba con los dos, sino abajo, adonde estaban los presos comunes. Aquí también menos quiso tomar abogado ni procurador.

68. Y algunos días después fué llamado delante de cuatro jueces, los tres doctores, Sanctisidoro, Paravinhos y Frías, y el cuarto el bachiller Frías, que ya todos habían visto los Ejercicios. Y aquí le preguntaron muchas cosas, no sólo de los Ejercicios, mas de teología, verbigracia, de la Trinidad y del Sacramento, cómo entendía estos artículos. Y él hizo su prefación primero. Y todavía, mandado por los jueces, dijo de tal manera, que no tuvieron qué reprenderle. El bachiller Frías, que en estas cosas se había mostrado siempre más que los otros, le preguntó también un caso de cánones; y a todo fué obligado a responder, diciendo siempre primero que él no sabía lo que decían los doctores sobre aquellas cosas. Después le mandaron que declarase el primer mandamiento de la manera que solía declarar. Él se puso a hacerlo, y detúvose tanto y dijo tantas cosas sobre el primer mandamiento, que no tuvieron gana de demandarle más. Antes de esto,

(1) Vicente Frías, vicario de Francisco Bobadilla, obispo de Salamanca.

cuando hablaban de los Ejercicios, insistieron mucho en un solo punto, que estaba en ellos al principio; de cuándo un pensamiento es pecado venial, y de cuándo es mortal. Y la cosa era, porque, sin él [ser] letrado, determinaba aquello. Él respondía; «si esto es verdad o no, allá lo determinad; y si no es verdad, condenadlo». Y al fin ellos, sin condenar nada, se partieron.

69. Entre muchos que venían [a] hablarle a la cárcel vino una vez D. Francisco de Mendoza, que ahora se dice cardenal de Burgos, y vino con el bachiller Frías. Preguntándole familiarmente cómo se hallaba en la prisión y si le pesaba de estar preso, le respondió: «Yo responderé lo que respondí hoy a una señora, que decía palabras de compasión, por verme preso. Yo le dije: En esto mostráis que no deseáis de estar presa por amor de Dios. ¿Pues tanto mal os parece que es la prisión? Pues yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios».

Acaeció en este tiempo que los presos de la cárcel huyeron todos, y los dos compañeros, que estaban con ellos, no huyeron. Y cuando en la mañana fueron hallados con las puertas abiertas, y ellos solos sin ninguno, dió esto mucha edificación a todos, y hizo mucho rumor por la ciudad; y así luego les dieron todo un palacio, que estaba allí junto, por prisión.

70. Y a los 22 días que estaban presos les llamaron a oír la sentencia, la cual era que no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca definiesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si no fuese pasados cuatro años, que hubiesen más estudiado. Leída esta sentencia, los jueces mostraron mucho amor, como que querían que fuese aceptada. El peregrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba, mas que no la aceptaría; pues, sin condenarle en ninguna cosa, le cerraban la boca

para que no ayudase [a] los prójimos en lo que pudiese. Y por mucho que instó el doctor Frías, que se demostraba muy afectado, el peregrino no dijo más, sino que, en cuanto estuviese en la jurisdicción de Salamanca, haría lo que se le mandaba. Luego fueron sacados de la cárcel, y él empezó a encomendar a Dios y a pensar lo que debía de hacer. Y hallaba dificultad grande de estar en Salamanca; porque para aprovechar las ánimas le parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no definir de pecado mortal y de venial.

71. Y así se determinó de ir a París a estudiar.

Cuando el peregrino en Barcelona consultaba si estudiaría y cuánto, toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión, o si andaría así por el mundo. Y cuando le venían pensamientos de entrar en religión, luego le venía deseo de entrar en una estragada y poco reformada, habiendo de entrar en religión para poder más padecer en ella; y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos; y dábale Dios una grande confianza que sufriría bien todas las afrentas y injurias que le hiciesen.

Pues como a este tiempo de la prisión de Salamanca a él no le faltasen los mismos deseos que tenía de aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y juntar algunos del mismo propósito, y conservar los que tenía; determinado de ir para París, concertóse con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar.

72. Muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes 15 ó 20 días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo; y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor.

CAPÍTULO OCTAVO

EN PARÍS REPAZA IONACIO LAS HUMANIDADES.—SUFRE LAS INCOMODIDADES DE LA POBREZA.—ES INFAMADO.—DA NOTABLES EJEMPLOS DE VIRTUD.—EN UNA DIGRESIÓN, NARRA EL FIN DE SUS PRIMEROS COMPAÑEROS.—COMIENZA A ESTUDIAR FILOSOFÍA.—TRABA AMISTAD CON FABRO Y FRANCISCO JAVIER.—REINANDO LA PESTE EN PARÍS, IONACIO CONSIGUE DE SÍ MISMO UNA EXTRAORDINARIA VICTORIA.—SE GRADÚA DE BACHILLER.—CAE ENFERMO.—VUELVE A ESPAÑA, PARA ATENDER A SU SALUD Y A NEGOCIOS DE SUS COMPAÑEROS.

73. Y así se partió para París solo y a pie, y llegó a París por el mes de Febrero, poco más o menos; y según mi cuenta, esto fué el año de 1528 ó de 27 (1). Cuando estaba preso en Alcalá, nació el príncipe de España (2); y por aquí se puede hacer la cuenta de todo, <aún> de lo pasado. Púsose en una casa con algunos españoles, y iba a estudiar humanidad a Monteagudo. Y la causa fué, porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa, hallábase muy falto de fundamentos, y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París.

(1) El día 2 de este mes del año 1528, como consta de una carta del Santo a Inés Pascual escrita a 3 de Marzo del mismo año 1528: «Con próspero tiempo y con entera salud de mi persona, por gracia y bondad de Dios N. S., llegué en esta ciudad de París a 2 días de Febrero».

(2) Don Felipe II quien nació en Valladolid a 21 de Mayo de 1527. La estancia del Santo en Salamanca parece que fué de unos dos meses (Véase Astrain, *Historia...*, I, lib. I, cap. IV (1912) p. 58, nota 1).

Por una cédula de Barcelona le dió un mercader, luego que llegó a París, veinte y cinco escudos, y estos dió a guardar a uno de los españoles de aquella posada, el cual en poco tiempo lo gastó, y no tenía con qué pagarle. Así que, pasada la cuaresma, ya el peregrino no tenía nada de ellos, así por haber él gastado, como por la causa arriba dicha; y fué constreñido a mendigar, y aun a dejar la casa en que estaba.

74. Y fué recogido en el hospital de San Jaques (1), *ultra* los Inocentes (2). Tenía grande incomodidad para el estudio, porque el hospital estaba del colegio de Monteagudo un buen trecho, y era menester, para hallar la puerta abierta, venir al toque del avemaría, y salir de día; y así no podía tan bien atender a sus lecciones. Era también otro impedimento el pedir limosna para mantenerse. Ya había casi cinco años que no le tomaba dolor de estómago, y así él empezó a darse a mayores penitencias y abstinencias. Pasando algún tiempo en esta vida del hospital y de mendigar, y viendo que aprovechaba poco en las letras, empezó a pensar qué haría; y viendo que había algunos, que servían en los colegios a algunos regentes y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo.

75. Y hacia esta consideración consigo y propósito, en el cual hallaba consolación; imaginando que el maestro sería Cristo; y a uno de los escolares pondría nombre San Pedro, y a otro San Juan, y así a cada uno de los apóstoles; y cuando me mandare el maestro, pensaré que me manda Cristo; y cuando me mandare otro, pensaré que me manda San Pedro. Puso hartas diligencias por hallar amo: habló por una parte al bachiller Castro (3), y a un fraile

(1) O sea de Santiago de los Españoles, a donde estos se recogían. Dicese fundado por Carlomagno a favor de los peregrinos de Santiago de Compostela. (Clair, *La Vie de Saint Ignace de Loyola*, París, 1801, lib. II, cap. 5, p. 134).

(2) Es decir: mas allá de la Iglesia de los Santos Inocentes.

(3) Juan de Castro.

de los Cartujos, que conocía muchos maestros, y a otros, y nunca fué posible que le hallasen un amo.

76. Y al fin, no hallando remedio, un fraile español le dijo un día que sería mejor irse cada año a Flandes, y perder dos meses, y aun menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año; y este medio, después de encomendarle a Dios, le pareció bueno. Y usando de este consejo, traía cada año de Flandes con que en alguna manera pasaba; y una vez pasó también a Inglaterra, y trajo más limosna de la que solía los otros años.

77. Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba casi en un mismo tiempo ejercicios a tres, es a saber: a Peralta (1), y al bachiller Castro que estaba en Sorbona, y a un vizcaíno que estaba en santa Bárbara, por nombre Amador. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, <aun> los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de San Jaques, adonde antes estaba el peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas. Hizo esto grande alboroto en la universidad, por ser los dos primeros personas señaladas y muy conocidas. Y luego los españoles comenzaron a dar batalla a los dos maestros; y no pudiéndolos vencer con muchas razones y persuasiones a que viniesen a la universidad, se fueron un día muchos con mano armada y los sacaron del hospital.

78. Y trayéndolos a la universidad, se vinieron a concertar en esto: que después que hubiesen acabado sus estudios, entonces llevasen adelante sus propósitos. El bachiller Castro, después vino a España, y predicó en Burgos algún tiempo y se puso fraile cartujo en Valencia. Peralta se partió para Jerusalén a pie y peregrinando. De

(1) Pedro de Peralta.

esta manera fué tomado en Italia por un capitán, su pariente, el cual tuvo medios con que le llevó al papa, y hizo que le mandase que se tornase para España. Estas cosas no pasaron luego, sino algunos años después.

Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Govea (1), diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colegio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a santa Bárbara, le haría dar una sala por seductor de los escolares (2).

79. El español, en cuya compañía había estado al principio, y le había gastado los dineros, sin pagárselos se partió para España por vía de Ruán; y estando esperando pasaje en Ruán, cayó malo. Y estando así enfermo, lo supo el peregrino por una carta suya, y viniéronle deseos de irle a visitar y cuidar; pensando también que en aquella conjunción le podría ganar para que, dejado el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios.

** Y para poder conseguir esto, le venía deseo de andar aquellas 28 leguas que hay de París a Ruán, a pie, descalzo, sin comer ni beber; y haciendo sobre esto oración, se sentía muy temeroso. Al fin se fué a Santo Domingo, y allí se resolvió a andar al modo sobredicho, y habiendo ya pasado aquel grande temor que tenía de tentar a Dios.

** Al día siguiente, la mañana que había de partir, se levantó al amanecer; y comenzándose a vestir, le vino tanto temor, que casi le parecía no poder vestirse. Todavía con aquella repugnancia salió de casa y hasta de la

(1) Diogo de Govea, doctor portugués, que había comprado el colegio de Santa Bárbara y puéstolo bajo el patronato del rey de Portugal, don Juan el Tercero, en 1528 (Véase Clair, ob. cit., p. 137).

(2) Dar una sala a un estudiante era un cruel y ejemplar castigo de azotes dado por mano de todos los profesores, convocando a este espectáculo a todos los estudiantes en una sala (Ribadeneira, *Vida*, libro II, cap. III).

ciudad antes que fuese bien de día. Pero el temor le duraba todavía, y le duró hasta Argenteuil, que es un castillo a dos leguas de París hacia Ruán, donde se dice que está la vestidura de Nuestro Señor. Pasando aquel castillo con aquel trabajo espiritual, subiendo a un alto (1), le comenzó a pasar aquella cosa, y le vino una grande consolación y esfuerzo espiritual con tanta alegría, que comenzó a gritar por aquellos campos y hablar con Dios, etc. Y se albergó aquella noche con un pobre mendigo en un hospital, habiendo caminado aquel día 14 leguas; el día siguiente fué a albergarse en un pajar; el tercer día fué a Ruán: todo este tiempo sin comer ni beber, y descalzo, como había determinado. En Ruán consoló al enfermo y le ayudó a ponerlo en una nave para ir a España; y le dió cartas, dirigiéndole a los compañeros que estaban en Salamanca, es decir, Calixto, Cáceres y Arteaga.

** 80. Y para no hablar más de estos compañeros, el fin de ellos fué éste.

*** Estando el peregrino en París, le escribía [a Calixto] a menudo, según habían acordado, de la poca comodidad que tenía de hacerle venir a estudiar a París. Todavía se ingenió para escribir a doña Leonor de Mascareñas que ayudase a Calixto con cartas para la corte del rey de Portugal, a fin de que pudiese tener una bolsa de las que el rey de Portugal daba en París. Doña Leonor dió a Calixto, una mula en que cabalgase, y dinero para el gasto. Calixto se marchó a la corte del rey de Portugal; pero al fin no vino a París; antes, volviendo a España, se fué a la India del Emperador (2) con cierta mujer espiritual. Y después, vuelto a España, marchó otra vez a la misma India, y entonces tornó a España rico, e hizo en Salamanca maravillar a todos los que antes le conocían.

(1) Sin duda la colina donde se eleva el pueblo de Cormelles en París, entre Argenteuil y Herblay (Clair, obr. cit. p. 148, nota 4).

(2) O sea a las Indias Occidentales, América, pertenecientes al Emperador Carlos V.

Cáceres volvió a Segovia, que era su patria, y allí comenzó a vivir de tal modo, que parecía haberse olvidado del primer propósito.

Arteaga fué hecho comendador. Después, estando ya la Compañía en Roma, le han dado un obispado de la India. Él escribió al peregrino que lo diese a uno de la Compañía; y respondiéndole negativamente, se fué a la India del Emperador, hecho obispo, y allí murió por un caso extraño, <esto es> que estando enfermo, y habiendo dos botellas de agua para refrescarse, una de agua que el médico le ordenaba, la otra de agua de solimán venenosa (1), diéronle por error la segunda que lo mató.

** 81. El peregrino se volvió de Ruán a París, y halló que por las cosas pasadas de Castro y de Peralta se había levantado gran rumor sobre él; y que el inquisidor lo había hecho llamar. Mas él no quiso esperar más, y se fué al inquisidor, diciéndole que había sabido que lo buscaba; que él estaba aparejado para todo lo que él quisiese (se llamaba este inquisidor nuestro maestro Ori (2), fraile de Santo Domingo); pero le rogaba que lo despachase pronto, porque tenía intención de entrar aquel San Remigio (3) en el curso de las artes; y desearía que estas cosas hubiesen terminado antes, para poder atender mejor a sus estudios. Pero el inquisidor no lo llamó más, sino que le dijo ser verdad que le habían hablado de hechos suyos, etc.

** 82. De allí a poco tiempo vino San Remigio, que es el principio de Octubre, y entró a oír el curso de las

(1) Sublimado corrosivo. De este como de los demás primeros compañeros de San Ignacio trae noticias curiosas Alcázar, *Chrono-Historia de la Compañía de Jesús en la prov. de Toledo*, 1.^a Parte; Madrid, 1710.

(2) Fray Mateo Ori.

(3) O sea el día de San Remigio, 1.^o de Octubre, en que se abrían las clases en la Universidad de París.

artes bajo un maestro llamado Juan Peña, y entró con propósito de conservar a aquellos que tenían propósito de servir al Señor; pero sin ir más adelante a buscar a otros, a fin de poder más cómodamente estudiar.

** Comenzando a oír las lecciones del curso, le empezaron a venir las mismas tentaciones, que le habían venido cuando en Barcelona estudiaba gramática; y cada vez que oía la lección no podía estar atento con las muchas cosas espirituales que le ocurrían. Y viendo que de aquel modo sacaba poco provecho en las letras, fuése a su maestro y dióle promesa de no faltar nunca en oír todo el curso, mientras pudiese encontrar pan y agua para poder sustentarse. Y hecha esta promesa, todas aquellas devociones que le venían fuera de tiempo, le dejaron y fué con sus estudios adelante quietamente. En este tiempo conversaba con Maestro Pedro Fabro y con Maestro Francisco Javier, a los cuales él después ganó para servicio de Dios por medio de los ejercicios.

** En aquel tiempo del curso no le perseguían como antes. Y a este propósito díjole una vez el doctor Frago (1), que se maravillaba cómo andaba quieto, sin que nadie le molestase; y él respondió: «La causa es porque yo no hablo a nadie de las cosas de Dios; pero acabado el curso tornaremos a lo acostumbrado».

** 83. Y hablando juntos los dos, vino un fraile a hablar al doctor Frago, que le quisiese buscar una casa, porque en aquella en que él tenía la habitación, habían muerto muchos, algunos pensaban que de peste, porque entonces comenzaba la peste en París. El doctor Frago con el peregrino quisieron ir a ver la casa, y llevaron a

(1) El doctor Frago, a quien otros apellidan Jerónimo Garcés, noble descendiente de los Frago y Garcés, teólogo de la Sorbona, natural de Uncastillo, en Aragón; murió a 13 de Setiembre de 1531. Tuvo la dicha de ser maestro de San Ignacio y de San Francisco Javier. (Cros, *Saint François de Xavier... Documents nouveaux* 1.^{re} Série, Tolosa, 1894, ps. 322, 323).

una mujer que era muy entendida en ello, la cual, entrada dentro, afirmó ser peste. El peregrino quiso también entrar; y encontrando a un enfermo, lo consoló, tocándole con la mano la llaga; y después que lo hubo consolado y animado un poco, se fué solo; y la mano le comenzó a doler, que le parecía tener la peste; y esta imaginación era tan vehemente, que no la podía vencer, hasta que con grande ímpetu se puso la mano en la boca, revolviéndola mucho dentro, y diciendo: «Si tú tienes la peste en la mano, la tendrás también en la boca»; y cuando hubo hecho esto, se le quitó la imaginación y el dolor de la mano.

** 84. Pero cuando volvió al colegio de Santa Bárbara, donde entonces tenía la estancia y oía el curso, los del colegio que sabían que había entrado en la casa apesadada, huían de él y no quisieron dejarle entrar; y así se vio obligado a estar algunos días fuera.

** Es costumbre en París, que los estudiantes de artes, el tercer año, para hacerse bachiller, toman una piedra, que dicen ellos, y porque en aquello se gasta un escudo, algunos muy pobres no lo pueden hacer. El peregrino comenzó a dudar si sería bueno que la tomase. Y hallándose muy dudoso y sin resolución, determinó poner la cosa en manos de su maestro, el cual aconsejándole que la tomase, la tomó. Sin embargo no faltaron murmuradores; al menos un español que lo notó (1).

** En París se encontraba ya en este tiempo muy

(1) No se sabe en qué consistía la ceremonia a que alude San Ignacio de tomar la piedra. Parece que era alguna diversión pagada por el candidato a sus condiscípulos. Lo cierto es que para tomar la piedra era menester gastar un escudo y que San Ignacio tuvo escrúpulo de hacerlo (Quixerat, *Histoire de Sainte-Barbe*, t. I, páginas 198, 197). El diploma de Maestro en artes a favor de San Ignacio se expidió a 14 de Marzo de 1534, o sea, al finalizar el año, tal como lo contaban entonces (Puede verse en *Monumenta Scripta de Sancto Ignatio*, II, p. 1. A continuación se halla el testimonio de los estudios de Teología).

mal del estómago, de modo que cada 15 días tenía un dolor de estómago que le duraba una hora larga, y le hacía venir fiebre; y una vez le duró el dolor de estómago 16 ó 17 horas. Y habiendo ya en este tiempo pasado el curso de las artes y estudiado algunos años teología, y ganado los compañeros (1), la enfermedad iba siempre muy adelante, sin poder encontrar algún remedio, aunque se probaron muchos.

** 85. Solamente, decían los médicos, que no había otra cosa, fuera de los aires natales, que le pudiese aliviar. Los compañeros también le aconsejaban lo mismo, y le hicieron grande instancia. Y ya por este tiempo habían deliberado todos sobre lo que habían de hacer, esto es: ir a Venecia y a Jerusalén y gastar su vida en utilidad de las almas; y si no les era concedida licencia de permanecer en Jerusalén, volverse a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease donde juzgase ser más a gloria de Dios y utilidad de las almas. Habían todavía propuesto esperar un año embarcación en Venecia; y no habiendo aquel año embarcación para Levante, quedasen libres del voto de Jerusalén, y fuesen al Papa, etc.

** Al fin el peregrino se dejó persuadir de los compañeros, y también porque los que eran españoles tenían que resolver algunos negocios, los cuales él podía expedir. Y lo acordado fué que, después de encontrarse bien, fuese él a hacer sus negocios, y luego pasase a Venecia, y allí esperase a los compañeros.

** 86. Era esto el año de 35, y los compañeros habían de partir, según el pacto, el año de 37, el día de la conversión de San Pablo; aunque después se partieron, por las guerras que vinieron, el año de 36, en Noviem-

(1) Los que juntamente con él fundaron después la Compañía; a saber: Pedro Fabro, Francisco Javier, Jacobo Lainez, Alfonso Salmerón, Nicolás Bobadilla, Simón Rodríguez; a los cuales se juntaron más tarde Claudio Juyo, Juan Coduri y Pascasio Broet.

bre (1). Y estando el peregrino para partir, entendió que lo habían acusado al inquisidor y hecho proceso contra él. Sabiendo esto y viendo que no le llamaban, se fué al inquisidor y le dijo lo que había entendido, y que él estaba para partirse para España y que tenía compañeros; y que le rogaba quisiese dar sentencia. El inquisidor le respondió que era verdad en cuanto a la acusación; pero que no veía que hubiese cosa de importancia. Solamente quería ver sus escritos de los Ejercicios; y viéndolos, los alabó mucho, y rogó al peregrino que le dejase copia de ellos, y así lo hizo. Sin embargo de esto, tornó a instar que quisiese ir adelante con el proceso hasta la sentencia. Y excusándose el inquisidor, él fué con un notario público y con testigos a su casa y tomó fe de todo esto (2).

(1) O sea el 15 de Noviembre de 1536 (Véase la carta del Padre Lainez, *Scripta de Sancto Ignatio*, I, p. 111).

(2) Existe el testimonio de la inocencia y virtudes de San Ignacio y sus compañeros, mientras vivieron en París, dado a 23 de Enero de 1537, por Fray Tomás Laurent, de la Orden de Predicadores e inquisidor general (Puede verse en *Monumenta; Scripta de Sancto Ignatio*, II, p. 3).

• • •

CAPITULO NONO

VUELVE IGNACIO A SU PATRIA.—SE ACOGE AL HOSPITAL PÚBLICO.—RECOGE EXTRAORDINARIO FRUTO ESPIRITUAL ENTRE SUS PAISANOS; ARRANCA LOS VICIOS Y PLANTA LAS VIRTUDES.—DESPUÉS DE RECORRER VARIAS CIUDADES DE ESPAÑA, VUELVE DE NUEVO A ITALIA.—ENFERMA EN BOLONIA —SE DIRIGE A VENECIA.

** 87. Y hecho esto, montó en un pequeño caballo, que los compañeros le habían comprado, y se fué solo hacia su tierra, encontrándose por el camino mucho mejor. Y llegando a la provincia de Guipúzcoa, dejó el camino común y tomó el del monte, que era más solitario; por el cual caminando un poco, halló a dos hombres armados, que venían a su encuentro (y era aquel camino algo infame de asesinos), los cuales [hombres], después que le hubieron pasado un trozo, volvieron atrás, siguiéndole con gran prisa, y tuvo un poco de miedo. Todavía les habló y entendió que eran criados de su hermano, el cual le mandaba a buscar. Porque, a lo que parece, de Bayona de Francia, donde el peregrino fué conocido, había tenido noticia de su venida, y así ellos le fueron delante, y él siguió por el mismo camino. Y un poco antes de llegar a la tierra, encontró a los presbíteros, que salían a su encuentro, los cuales hicieronle grande instancia para llevarlo a casa del hermano, pero no le pudieron forzar. Así se fué al hospi-

tal, y después a hora conveniente a buscar limosna por la tierra (1).

** 88. Y en este hospital comenzó a hablar con muchos, que le fueron a visitar, de las cosas de Dios, por cuya gracia se hizo mucho fruto. Luego, al principio de llegar, se determinó a enseñar la doctrina cristiana todos los días a los niños; mas su hermano se opuso grandemente, alegando que nadie acudiría. Él repuso que bastaría uno. Mas después que lo comenzó a hacer, venían muchos continuamente a oír, y también su hermano.

** Además de la doctrina cristiana, predicaba también los domingos y fiestas, con utilidad y ayuda de las almas, que de muchas milas le venían a oír. Se ha también esforzado por desterrar algunos abusos; y con la ayuda de Dios se ha puesto orden en alguno, *verbi gratia*; en el juego hizo que fuese prohibido con ejecución, persuadiendo a quien administraba la justicia (2). Había también allí otro abuso; en este modo: las muchachas en aquel país van siempre con la cabeza descubierta, y no la cubren sino cuando se casan. Pero hay muchas que se hacen concubinas de sacerdotes y de otros hombres, y les guardan fe como si

(1) Sobre la estancia del Santo en Azpeitia, su patria, hay noticias interesantísimas en el proceso de Azpeitia de 1595 (Puede verse en *Monumenta; Scripta de Sancto Ignatio*, II, ps. 167-239. Véase también la carta escrita por el Santo al pueblo de Azpeitia, *Cartas de San Ignacio*, ed. de *Monumenta*, I, p. 161). En 25 de Abril estaba ya el Santo en Azpeitia, pues, según el testimonio de Ana de Ancheta, predicó aquel día, o sea el día de San Marcos, en Nuestra Señora de Elosiaga (Ibid. p. 206). En el mismo proceso Domingo de Ugarte, entre otros testigos, afirmó que estuvo en aquella villa unos tres meses, poco más o menos (Ibid. p. 183).

(2) Es un hecho muy atestiguado en el citado proceso de Azpeitia. María de Aizpuru atestiguó que «...por reprensión del dicho P. Ignacio fué público que se dejó en esta villa el juego de naipes, de tal manera que en mucho tiempo no se jugó a ellos. Y esta testigo se acuerda haber visto en el río de esta dicha villa echadas muchas barajas de naipes, que se decía las habían echado gentes que tenían, por la reprensión de dicho P. Ignacio...» (Iug. cit., p. 220).

fuesen sus mujeres. Y esto es tan común que las concubinas no tienen ninguna vergüenza de decir que se han cubierto la cabeza por alguno; y por tales son conocidas.

** 89. De cuya usanza nace mucho mal. El peregrino persuadió al gobernador que hiciese una ley, que todas aquellas que se cubriesen la cabeza por alguno, no siendo ellas sus mujeres, fuesen castigadas con justicia; y de este modo se comenzó a quitar este abuso. A los pobres ha hecho dar orden cómo se proveyese pública y ordinariamente. Y que se tocase tres veces a la avemaría, a saber: a la mañana, al medio día y a la tarde, para que el pueblo hiciese oración, como en Roma. Mas aunque al principio se encontraba bien, vino después a enfermar gravemente. Y después que fué sano, determinó partirse a hacer los negocios, que le habían encomendado los compañeros, y partirse sin dineros; de lo cual se alteró mucho su hermano, avergonzándose de que quisiese ir a pie; y a la tarde quiso el peregrino condescender en esto, de andar hasta el fin de la provincia a caballo con su hermano y con sus parientes.

** 90. Mas cuando llegó, bajó a pie, sin tomar nada, y se fué hacia Pamplona; y de allí a Almazán, tierra del P. Láinez; y después a Sigüenza y Toledo; y de Toledo a Valencia. Y en todas estas tierras de los compañeros no quiso tomar nada, aun cuando le hacían grandes ofertas con mucha instancia.

** En Valencia habló con Castro que era monje cartujo (1); y queriéndose embarcar para ir a Génova, los devotos de Valencia le rogaron que no lo hiciese, porque decían que estaba Barbarroja en el mar con muchas galeras, etc. Y aunque muchas cosas le dijeron, bastantes a ponerle miedo, no obstante, ninguna cosa le hizo dudar.

** 91. Y embarcado en una nave grande, pasó la

(1) En la cartuja de Val de Cristo, en el reino de Valencia y diócesis de Segorbe.

tempestad, de la cual se ha hecho mención arriba, cuando se ha dicho que estuvo tres veces a punto de muerte (1).

** Llegado a Génova, tomó el camino hacia Bolonia, en el cual ha padecido mucho, mayormente una vez que perdió el camino, y comenzó a caminar cabe un río, el cual era hondo, y la senda alta, la cual, cuanto más caminaba por él, tanto más estrecha se hacía; y de tal modo vino a estrecharse, que no podía ya ni andar adelante, ni tornar atrás. Y así comenzó a caminar a gatas; y así caminó un gran trecho con grande miedo; porque cada vez que se movía, creía caer en el río. Y esta fué la más grande fatiga y trabajo corporal que jamás tuvo; pero al fin escapó. Y queriendo entrar en Bolonia, teniendo que pasar un puentecito de madera, cayó del puente abajo; y así levantándose cargado de barro y de agua, hizo reír a muchos que estaban presentes.

** Y entrando en Bolonia, comenzó a pedir limosna, y no encontró ni un solo cuatrín, aunque la recorrió toda.

** Estuvo algún tiempo en Bolonia, enfermo; después se marchó a Venecia, siempre del mismo modo.

(1) Núm. 33.

CAPÍTULO DÉCIMO

EN VENECIA SE EJERCITA EN DAR LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.—PADECE OTRA PERSECUCIÓN; LIBRE DE ELLA, ENVÍA LOS COMPAÑEROS A ROMA.—SE ORDENA SACERDOTE.—NO PUDIENDO IR A PALESTINA, DISTRIBUYE A SUS COMPAÑEROS POR LA SEÑORÍA DE VENECIA.—ANTES DE LLEGAR A ROMA TIENE UNA SINGULARÍSIMA APARICIÓN.

** 92. En Venecia en aquel tiempo se ejercitaba en dar los ejercicios y en otras conversaciones espirituales. Las personas más señaladas, a las cuales los dió, son Maestro Pedro Contareno, (1) y Maestro Gaspar de Doctia (2), y un español llamado por nombre Rocas; y también a un español, que se decía el bachiller Hoces (3), el cual plati-

(1) Pedro Contarini, sobrino del Cardenal Gaspar Contarini; fué elegido mas tarde obispo de Bafo, en Chipre (Véase *Cartas de San Ignacio*, ed. de Monumenta, I, ps. 123-125, notas 2 y 4).

(2) Vicario en asuntos espirituales del legado del papa en Venecia, Jerónimo Veralo. (Véase mas adelante el n. 93).

(3) Diego de Hoces, español, natural de la ciudad de Málaga. En la carta al P. Polanco sobre San Ignacio cuenta el P. Lainez de este santo varón: «También me había olvidado de decir que, estando en Padua el Maestro Juan [Coduri], murió el bachiller [Hoces], y dice Maestro Juan que, estando antes de morir negro y feo de rostro, después de la muerte se mudó tanto, que su corazón se hinchó todo de alegría llorando de placer, y no se podía batar de mirarle, pareciéndole el rostro hermoso como de un ángel. Estando también el P. Maestro Ignacio en Nápoles, antes que supiese la muerte del sobredicho, aunque ya la imaginaba, después que la supo, encomendándole a Dios por dos veces, le vió en el cielo con los otros Santos; y fué así visitado del Señor, que por mucho tiempo, por el alegría y consolación, no hacía sino llorar. Y esto contó el mismo P. Maestro Ignacio». (*Scripta de Sancto Ignatio*, I, p. 126).

caba mucho con el peregrino, y también con el obispo de Cette. Y aunque tenía un poco de afición a hacer los ejercicios, sin embargo no lo ponía en ejecución. Al fin se resolvió entrar a hacerlos; y después que los hubo hecho 3 ó 4 días, descubrió su ánimo al peregrino, diciéndole que tenía miedo no le enseñase en los ejercicios alguna doctrina mala, por las cosas que le había dicho un tal. Y por esta causa había llevado consigo algunos libros, a fin de recurrir a ellos, si acaso le quisiese engañar. Este se ayudó muy notablemente de los ejercicios, y al fin se resolvió a seguir la vida del peregrino. Este fué también el primero que murió.

** 93. En Venecia tuvo aún el peregrino otra persecución, siendo muchos los que decían que le había sido quemada la estatua en España y en París. Y esta cosa fué adelante, que se hizo proceso y fué dada la sentencia en favor del peregrino.

** Los nueve compañeros vinieron a Venecia al principio del 37. Allí se dividieron a servir por diversos hospitales. Después de 2 ó 3 meses se marcharon todos a Roma a recibir la bendición para pasar a Jerusalén. El peregrino no fué por causa del doctor Ortiz (1), y también del nuevo cardenal teatino (2). Los compañeros volvieron de Roma con pólizas de 200 ó 300 escudos, los cuales les fueron dados de limosna para pasar a Jerusalén; y ellos no los quisieron tomar sino en pólizas; las cuales des-

(1) Pedro Ortiz, natural de Toledo, muy privado del Emperador. En París, se había mostrado muy contrario a San Ignacio; pero después fué uno de los principales valedores que tuvo la Compañía en sus principios (Véase Prat, *Histoire du P. Ribadeneyra*, París, 1862, página 10).

(2) Juan Pedro Carafa, que más adelante fué elegido papa y se llamó Paulo IV. Estaba ofendido de San Ignacio. La causa fueron unos avlíos que, no siendo todavía cardenal, recibió en Venecia del Santo, tocantes al fruto de su persona y al buen gobierno y progreso de su religión, llamada de los Teatinos. (Véase *Cartas de San Ignacio*, ed. de Monumenta, I, p. 114).

pués, no pudiendo ir a Jerusalén, las devolvieron a aquellos que se las habían dado.

** Los compañeros tornaron a Venecia del modo que habían ido, a saber, a pie y mendigando, y repartidos en tres grupos, y en tal modo, que siempre eran de diversas naciones. Allí en Venecia se ordenaron de misa los que no estaban ordenados, y les dió licencia el Nuncio, que entonces estaba en Venecia, que después se llamó el Cardenal Verallio. Se ordenaron a título de pobreza, haciendo todos voto de castidad y de pobreza.

** 94. Aquel año no pasaban naves a Levante, porque los venecianos habían roto con los turcos. Y así ellos, viendo que se alejaba la esperanza de pasar, se repartieron por el territorio veneciano, con intención de esperar el año que habían determinado; y después que hubiese pasado, y no hubiese pasaje, se irían a Roma.

** Al peregrino tocó ir con Fabro y Láinez a Vincencia. Allí encontraron una cierta casa en despoblado, que no tenía ni puertas, ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja que habían llevado (1). Dos de ellos iban siempre a buscar limosna a la ciudad, dos veces al día, y traían tan poco, que casi no se podían sustentar. Ordinariamente comían un poco de pan cocido, cuando lo tenían, el cual cuidaba de cocer el que quedaba en casa. De este modo pasaron 40 días, no atendiendo más que a la oración.

** 95. Pasados los 40 días, vino Maestro Juan Coduri, y todos cuatro determinaron comenzar a predicar; y

(1) Escribiendo nuestro Santo desde Venecia en Agosto (1537) a Pedro Contarini narra este mismo hecho de la siguiente manera que traducimos del italiano: «Cerca de Vincencia, a una milla fuera de la puerta que se llama de Santa Cruz, encontramos un lugar monástico, el cual se llama San Pedro en Riccasolo donde nadie habita; y así los frailes de Santa María de las Gracias de Vincencia nos conceden que permanezcamos allí a toda nuestra voluntad; lo cual hacemos, y estaremos allí por algunos meses, si Dios quiere» (*Cartas de San Ignacio*, ed. de Monumenta, I, p. 125).

andando todos cuatro a diversas plazas, el mismo día y a la misma hora comenzaron su predicación, gritando primero recio, y llamando a la gente con el bonete. Con estas predicaciones se hizo grande ruido en la ciudad, y muchas personas se movieron con devoción, y [ellos] tenían las comodidades corporales necesarias con más abundancia.

** En aquel tiempo en que estuvo en Vincencia tuvo muchas visiones espirituales, y muchas casi ordinarias consolaciones; y por el contrario cuando estuvo en París; máxime cuando comenzó a prepararse para ser sacerdote en Venecia, y cuando se preparaba para decir la misa, por todos aquellos viajes tuvo grandes visitaciones sobrenaturales, de aquellas que solía tener estando en Manresa. Estando aún en Vincencia (1) supo que uno de los compañeros, que se hallaba en Basán, estaba enfermo a punto de muerte, y él se encontraba también entonces enfermo de fiebre. No obstante esto, se puso en camino; y caminaba tan fuerte que Fabro, su compañero, no le podía seguir. Y en aquel viaje tuvo certeza de Dios, y lo dijo a Fabro, que el compañero no moriría de aquella enfermedad. Y llegando a Basán, el enfermo se consoló, y sanó pronto.

** Después volvieron todos a Vincencia, y allí han estado algún tiempo todos diez; y salían algunos a buscar limosna por las granjas cercanas a Vincencia.

** 98. Después acabado el año, y no encontrándose pasaje, determinaron ir a Roma; y hasta el peregrino, porque la otra vez que los compañeros habían ido, aque-

(1) El texto dice Venecia, en vez de Vincencia; pero es sin duda errata de copista. Narra el P. Lainez: «estando [Maestro Ignacio] en Vincencia enfermo y sabiendo que [Maestro Simón] estaba malo a la muerte, fué a pie con tanta diligencia, que Maestro Fabro, que le acompañó, decía... que no podía caminar tras él» (*Scripta de Sancto Ignatio*, I, p. 125).

llos dos, de los cuales él dudaba, se habían mostrado muy benévolos.

** Fueron a Roma divididos en tres o cuatro partes, y el peregrino con Fabro y Lainez; y en este viaje fué muy especialmente visitado de Dios.

** Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir misa, preparándose y rogando a Nuestra Señora le quisiese poner con su Hijo. Y estando un día, algunas millas antes que llegase a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mudanza en su ánima, y vió tan claro que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo de dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo. Y yo que escribo estas cosas, dije al peregrino, cuando esto me narraba, que Lainez contaba esto con algunas particularidades, según había entendido. Y él me dijo que todo lo que decía Lainez era verdad, porque él no se acordaba tan particularmente, pero que entonces, cuando lo narraba, sabe cierto que no dijo sino la verdad (1). Esto mismo me dijo en otras cosas.

(1) Respecto a este punto tan importante, el P. Lainez, en una plática que tuvo en Roma, por Julio de 1539, dijo lo siguiente, traducido del italiano: «Me parece ser por esto que diré, que nuestro Padre quiso que se llamase Compañía de Jesús. Viniendo nosotros a Roma por el camino de Sena, siendo así que el Padre tenía muchos sentimientos espirituales, y principalmente en la santísima Eucaristía, Maestro Pedro Fabro y yo, Lainez, cada día decíamos misa; él no, sino que comulgaba. Ahora bien; díjome él que parecía que Dios Padre le imprimía en el corazón estas palabras: «Yo os seré propicio en Roma»; y no sabiendo nuestro Padre qué quisiesen significar estas palabras, decía: «Yo no sé qué cosa será de nosotros, quizá seremos crucificados en Roma». Después otra vez dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz sobre los hombros, y al Padre Eterno al lado que le decía: «Quiero que tomes a éste por servidor tuyo»; y así Jesús lo tomaba y decía: «Quiero que tú nos sirvas». Y por esto tomando grande devoción al nombre de Jesús, quiso que fuese llamada la congregación Compañía de Jesús...» (*Scripta de Sancto Ignatio*, II, página 74).

97. Después viniendo a Roma, dijo a los compañeros que veía las ventanas cerradas, queriendo decir que allí habían de tener muchas contradicciones. Y dijo también: «Es menester que estemos muy sobre nosotros mismos, y no admitamos conversaciones con mujeres, si no fueren ilustres». Después en Roma, para hablar de este propósito, Maestro Francisco (1) confesaba a una mujer, y la visitaba alguna vez para platicar de cosas espirituales, la cual después fué hallada grávida, pero quiso el Señor que se descubriese quién había hecho el maleficio. Un caso semejante acaeció a Juan Coduri con una hija suya espiritual, sorprendida con un hombre.

(1) San Francisco Javier, el futuro apóstol de las Indias (Véase también *Scripta de Sancto Ignatio*, II, p. 480,6).

CAPÍTULO UNDÉCIMO

SUBE A MONTE CASINO, PARA DAR LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES AL DOCTOR ORTIZ.—VE EL ALMA DEL BACHILLER HOCES SUBIR AL CIELO.—VUELTO A LA CIUDAD, SUFRE UNA VIOLENTA PERSECUCIÓN.—FUNDA VARIAS OBRAS PIADOSAS.—NARRA EL MODO QUE TUVO EN ESCRIBIR LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES Y LAS CONSTITUCIONES DE LA COMPAÑÍA.

98. De Roma marchó el peregrino a Monte Casino a dar los ejercicios al doctor Ortiz, y estuvo allí cuarenta días, en los cuales vió una vez al bachiller Hoces que entraba en el cielo; y en esto tuvo grandes lágrimas y gran consolación espiritual; y esto vió tan claramente que, si dijese lo contrario, le parecería decir mentira. Y de Monte Casino llevó consigo a Francisco de Estrada.

Volviendo a Roma, se ejercitaba en ayudar a las almas; y estaban todavía en el campo y daba ejercicios espirituales a varios en un mismo tiempo; dos de los cuales estaban en Santa María la Mayor y el otro en Puente Sixto.

Comenzaron después las persecuciones y comenzó Miguel (1) a dar molestia; y a decir mal del peregrino, el

(1) «Estudiante navarro de carácter ligero y alocado.. Había sido antes criado de San Francisco Javier, en París, y cuando su amo se convirtió, irritado él por aquella mudanza, quiso en un momento de cólera, matar a San Ignacio. Pasada aquella furia, se arre-

cual lo hizo llamar ante el gobernador, mostrando antes una carta de Miguel en la cual alababa mucho al peregrino. El gobernador (1) examinó a Miguel y la conclusión fué desterrarle de Roma (2).

** Después Mudarra y Barrera comenzaron a perseguir, diciendo que el peregrino y sus compañeros eran fugitivos de España, de París y de Venecia (3). Al fin en

pintió de su pecado, y tuvo impetus de imitar la conversión de su amo. Cuando los Padres se partieron para Venecia, él se fué tras ellos y les rogó que le admitiesen en su compañía. Rehusáronlo ellos conociendo la ligereza e inconstancia del pretendiente. Ahora andaba en Roma, y no sabemos si sobornado por los enemigos, o arrebatado por algún impetu de su carácter veleidoso, se hizo el principal difamador de nuestros Padres». (*Astrain. Historia...*, I, lib. 4, cap. VI).

(1) Benito Conversino.

(2) En carta a Isabel Rosell, fecha en Roma, 19 de Diciembre (1538), escribía San Ignacio, refiriéndose a esta persecución: «El negocio ha sido tal que durante ocho meses enteros hemos pasado la mas recia contradicción o persecución que jamás hayamos pasado en esta vida. No quiero decir que nos hayan vejado en nuestras personas, ni llamándonos en juicio, ni de otra manera; mas habiendo rumor en el pueblo y poniendo nombres inauditos, nos hacían ser sospechosos y odiosos a las gentes, viniendo en mucho escándalo...» (*Cartas de San Ignacio*, ed. de Monumenta, I, p. 137, toda ella es muy interesante. Véase la sentencia dada a favor de San Ignacio en *Scripta de Sancto Ignatio*, I, p. 627).

(3) Respecto a Francisco Mudarra, hállese en el memorial del P. Luis González de Cámara una nota que bien muestra la caridad de San Ignacio: «A 4 del mismo mes de Abril de 1555. El P. Ignacio ha puesto gran diligencia en librar a Mudarra de la inquisición, el cual ha sido el mayor contradictor que tuvo la Compañía al principio, y está ahora huido de Roma, con todos sus beneficios, que eran muchos, perdidos, y con muchos millares de ducados, que tenía, confiscados por la inquisición. Lo mismo hizo el Padre con Miguel Navarro, que también lo había perseguido, hasta recibirlo en casa, etcétera». (*Scripta de Sancto Ignatio*, I, p. 307, n. 314). El mismo Mudarra, en carta de 10 de Setiembre de 1555, daba las gracias a San Ignacio por los favores recibidos (*Monumenta Historica S. J., Epistolae mixtae*, IV, 843).

Dice además el P. Ribadeneira, en las advertencias a la vida de

presencia del gobernador y del legado (1) que lo era entonces de Roma, los dos confesaron que nada malo tenían que decir de ellos, ni de sus costumbres ni de su doctrina. El legado manda que se ponga silencio en toda esta causa; mas el peregrino no lo acepta, diciendo que quería sentencia final. Esto no plugo al legado ni al gobernador ni aún a aquellos que primero favorecían al peregrino; pero al fin, después de algunos meses, vino el papa a Roma. El peregrino le va a hablar a Frascati, y le representa algunas razones, y el papa se hace cargo de ellas, y manda se dé sentencia, la cual se da en favor, etc. (2).

** Se hicieron en Roma, con la ayuda del peregrino y de los compañeros, algunas obras pías, como son los Catecúmenos, Santa Marta, los Huérfanos, etc. (3).

** Las otras cosas podrá narrar el Maestro Nadal.

** 99. Yo, después de narradas estas cosas, a 20 de Octubre, pregunté al peregrino sobre los ejercicios y las

San Ignacio escrita por el P. Mafeo: «Tres fueron los acusadores de nuestro Padre: Mudarra, cuyo estatua fué quemada; don Pedro de Castilla, que fué condenado a cárcel perpetua, y después murió en los brazos del P. Avellaneda...; estando yo en Roma; y el tercero fué Barreta, que era católico, y murió como tal y en su cama poco después de la persecución, con arrepentimiento de su engaño y error». (*Scripta de Sancto Ignatio*, I, p. 751).

(1) Vicente Caraffa.

(2) Las razones que tenía el Santo para que se diera sentencia las expone él mismo en carta latina a Pedro Contarini: «Hemos querido volver por el honor, la sana doctrina y la vida sin mancha. Nunca estaremos amigos (Dios mediante) mientras se nos trate de indocitos, de rudos, de ignorantes para hablar; lo mismo que si se nos tilda de malos, engañadores e inconstantes; pero nos dolíamos de que la misma doctrina que predicamos se calificase de no sana; y también de que la senda por la cual andamos se reputase por mala; no siendo ni una ni otra nuestra, sino de Cristo y de su Iglesia». (*Cartas de San Ignacio*, ed. de Monumenta, I, p. 135).

(3) Estas pías obras, debidas al celo de San Ignacio, pueden verse relatadas en los biógrafos del Santo, por ej. en Ribadeneira *Vida*, lib. III, cap. IX. También en la carta del mismo S. Ignacio a (S. Francisco Javier (Ed. Monumenta, I, p. 267).

constituciones, queriendo saber cómo las había hecho. Él me dijo que los ejercicios no los había hecho todos de una vez, sino que algunas cosas que él observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que también podrían ser útiles a otros, y así las ponía en escrito, *verbi gratia*, del examinar la conciencia con aquel modo de las líneas, etcétera. Las elecciones especialmente me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y pensamientos, que tenía cuando estaba en Loyola, estando todavía mal de la pierna. Y me dijo que de las constituciones me hablaría a la tarde.

** El mismo día, antes de cenar, me llamó con un aspecto de persona que estaba más recogida de lo ordinario, y me hizo un modo de protestación que era, en sustancia, mostrar la intención y simplicidad con que había narrado estas cosas, diciendo que era bien cierto que no narraba nada de más; y que había hecho muchas ofensas a nuestro Señor después que le había comenzado a servir; pero que nunca había tenido consentimiento de pecado mortal; antes siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de encontrar a Dios; y entonces más que nunca en toda su vida. Y cada vez y hora que quería encontrar a Dios, le encontraba. Y que aun ahora tenía muchas veces visiones, mayormente aquellas de que se ha hablado arriba, de ver a Jesucristo, como sol. Y esto le sucedía a menudo estando hablando de cosas de importancia, y aquello le hacía venir en confirmación (1).

** 100. Cuando decía misa, tenía también muchas visiones; y que cuando hacía las constituciones las

(1) Respecto a las visitaciones que el Santo recibía de Dios Nuestro Señor, y a la oración que tenía, narra el citado P. Luñez: «Otras cosas diversas me ha contado de las visitaciones que ha tenido sobre los misterios de la fe, como sobre la Eucaristía, y por un espacio de tiempo sobre la persona del Padre, y otro sobre la persona del Verbo, y últimamente sobre la persona del Espíritu Santo. Y me acuerdo que decía que en las cosas, aun de Dios N. S., más se

tenía también muy a menudo; y que ahora lo puede esto afirmar más fácilmente, porque cada día escribía lo que pasaba por su alma, y lo encontraba ahora escrito. Y así me mostró un fajo muy grande de escritos; de los cuales me leyó buena parte. Lo más eran visiones, que él veía en confirmación de alguna de las constituciones, y viendo a veces a Dios Padre, a veces a todas las tres personas de la Trinidad, a veces a nuestra Señora que intercedía, a veces que confirmaba.

** En particular me dijo en las determinaciones, de las cuales estuvo 40 días diciendo cada día misa, y cada día con muchas lágrimas, y la cosa era si la iglesia tendría alguna renta, y si la Compañía se podría ayudar de ella.

** 101. El modo que observaba cuando hacía las constituciones era decir cada día misa y representar el punto que trataba a Dios y hacer oración sobre ello; y siempre hacía la oración y la misa con lágrimas.

** Yo deseaba ver aquellos papeles de las constituciones todas, y le rogué me los dejase un poco; él no quiso (1).

había *passiva* que *active*, como San Dionisio dice de Hieroteo, y otros ponen en el supremo grado de la perfección; y él es tan tierno en las lágrimas en cosas abstractas, que me decía que comúnmente lloraba seis o siete veces al día. (Lugar cit., p. 123).

(1) Consérvase todavía el autógrafo del diario en que San Ignacio anotaba los sentimientos de su alma y los favores divinos que recibía mientras escribía las Constituciones de la Compañía. Ha sido publicado en gran parte por el P. José de la Torre en su obra monumental, *Constituciones Societatis Jesu latinæ et hispanæ* (Madrid, 1892, pp. 349-363). Al leer aquellas cálidas páginas siéntese uno abrumado con la consideración del trabajo interno espiritual que supone en San Ignacio la reducción de todas las Constituciones de la Compañía. Para el hijo de esta Compañía tan intenso trabajo personal de su Santo Padre y sobre todo la intervención casi continua de la divina gracia son un motivo de gran valía para venerar y amar entrañablemente las mismas Constituciones, meollo y quinta esencia de su Instituto; para los extraños que juzguen rectamente, han de ser, cuando menos, objeto de admiración y de respeto.



CONSTITUCIÓN CANÓNICA
DE LA
COMPAÑÍA DE JESÚS

22 DE ABRIL DE 1541



Escuela española: Zurbarán?

SAN IGNACIO ESCRIBIENDO LAS CONSTITUCIONES DE
LA COMPAÑÍA DE JESÚS



ADVERTENCIA PRELIMINAR

Como preciosa reliquia y magnífico complemento a la *Autobiografía de San Ignacio*, insertamos en las páginas siguientes la historia de la constitución canónica de la Compañía de Jesús. Este insigne documento se lo debemos al mismo Santo Fundador, quien, al escribirle de su mano, dió a entender la importancia extraordinaria atribuida por él a este acto; ya que no sabemos escribiera la relación de ningún otro suceso de su vida. Que el autor de este escrito sea realmente el mismo San Ignacio es verdad fuera de toda duda, y admitida por todos los escritores modernos que le han reproducido. Ante todas cosas ha de tenerse en cuenta el testimonio del P. Cámara que nos dice textualmente: *En el camino de las 7 iglesias nos ha contado Pedro de Ribadeneira la profesión y elección de Nuestro Padre con los demás. Fué hecha en el altar del Sacramento en San Pablo. Esta historia escribió Nuestro Padre de su mano, y dárme la ha el P. Polanco. (Memorial, Scripta de Sto. Ignatio, II, p. 256)*. Ahora bien; esta historia no puede ser otra que la presente: así nos lo demuestra claramente el estilo de la narración tan conforme al que usa siempre el Santo, bien característico por cierto, y el llamarse a éste familiarmente *Inigo*, sin ningún apelativo o señal de honra ni reverencia alguna; la cual, de fijo, ninguno de los compañeros hubiera omitido, tratándose del fundador y entonces ya verdadero general de la Compañía. Además, no es creíble que, existiendo una relación de mano del Santo, se atreviera ninguno a divulgar otra, y que en todo caso fuera ésta precisamente la que se conservara en la Compañía, y no la veneranda de San Ignacio. Es también digno de notarse que en uno

de los códices manuscritos que la contienen (*Collecta per P. Natalem*), lleva esta relación al principio una nota de mano del P. Nadal que, traducida del latín, dice lo siguiente: *A esta escritura..., le antepuso de su mano el P. Ignacio el título: 1541. Forma de la Compañía y oblación.*

El P. Ribadeneira, novicio entonces de pocos meses, nos narra el mismo acontecimiento, como testigo de vista, aunque sazónándolo a su manera (*Vida*, I, III, c. 1). En los procesos de beatificación de San Ignacio añade una curiosa circunstancia, y es que él les preparó la comida aquel día, cerca de San Juan de Letrán, siendo ya muy tarde (*Scripta de Sto. Ignatio*, II, p. 875). Podemos, cierto, creer que no sería ningún exquisito banquete, preparada por cocinero tan mozo, pues no contaba todavía 15 años, y por añadidura tan inexperto, ya que, según da derecho a presumir alguna otra anécdota pintoresca, contada por sus biógrafos, la ciencia culinaria no iba a la par con las cualidades literarias del gran clásico castellano (Cfr. Prat, *Histoire du Pere Ribadeneira*, París, 1882; I, I, p. 18).

Dice más el P. Ribadeneira en la *Vida*, y es que el santísimo Sacramento, ante cuyo altar hicieron los primeros Padres su profesión, según nos cuenta el mismo San Ignacio en la relación siguiente, estaba en la capilla de Nuestra Señora. Había allí una venerable imagen de la Madre de Dios, construida a principios del siglo XIII; consérvase todavía, y está hecha en mosaico sobre madera, caso rarísimo y único, que se sepa, en Roma. Después de varias vicisitudes, venérase actualmente en la misma basílica de San Pablo, en la capilla del Crucifijo, el que es fama habló a Santa Brígida (Cfr. Portillo, *Regina Societatis Jesu*, en *Razón y Fe*, LI, 1918).

Admirable providencia fué de Dios Nuestro Señor que naciera la Compañía a los pies de Jesús Sacramentado y bajo el amparo de María Santísima.

†
JHS

La forma que la Compañía tuvo en hacer su oblación y promesa a su Criador y Señor es la que se sigue.

En el año de 1541, pasada la media cuaresma, se juntaron todos seis (1) (ya hechas sus Constituciones y firmadas), y determinaron entre ellos que dentro de tres días, cada uno, encomendándose a Dios Nuestro Señor, diese su voz a alguno de la Compañía para que tuviese oficio de prelado, y cada uno trajese una cédula escrita de su mano y sellada, en la cual hubiese el nombre de aquel que elegía, porque más libremente cada uno dijese y declarase su voluntad.

Pasados los tres días, cada uno trayendo su cédula sellada, fueron de parecer que las juntasen con las otras de los compañeros de Portugal y de Alemania, y así todas juntadas se pusiesen en una arca, debajo de llave, donde estuviesen por tres días, para mayor confirmación de la cosa.

Pasados los tres días, todos seis juntados, abriendo todas las cédulas, una tras otra, *nemine discrepante*, vinieron todas las voces sobre Iñigo, <excepto> maestro Bobadilla, que por estar en Bisignano, y a la hora de su partida para Roma, le fué mandado por el Papa se detuviese más en aquella ciudad, por el fruto que allá hacía, no envió su voz a ninguno; y porque Su Santidad quería repartir los que estaban en Roma por diversas partes,

(1) Es decir: Ignacio, Lafnez, Salmerón, Broet, Coduri y Jayo. Los otros cuatro primeros compañeros no pudieron estar presentes: Javier y Rodríguez se hallaban en Lisboa, esperando embarcación para pasar a las Indias; Fabro había sido enviado a Alemania por Paulo III; Bobadilla, por mandato del mismo Papa, hubo de quedarse trabajando en Bisignano, ciudad de Calabria, como va a narrarnos el mismo San Ignacio.

fueron forzados concluir sus cosas sin Bobadilla, conforme a todas las voces de todos los ausentes y de todos los presentes (1).

Íñigo hizo una plática, según que su ánima sentía, afirmando hallar en sí más querer y más voluntad para ser gobernado que para gobernar; que él no se hallaba con suficiencia para regir a sí mismo, cuanto menos para regir a otros; a lo cual atento, y a sus muchos y malos hábitos pasados y presentes, con muchos pecados, faltas y miserias, él se declaraba y se declaró de no aceptar tal asunto, ni tomaría jamás, si él no conociese más claridad en la cosa de lo que entonces conocía; mas que él los rogaba y pedía mucho *in Domino*, que con mayor diligencia mirasen por otros tres o cuatro días, encomendándose más a Dios

(1) Consérvase todavía el autógrafo del voto dado por San Ignacio en esta ocasión. Es una pequeña cédula donde está escrito: «Jhs. Excluyendo a mí mismo, doy mi voz en el Señor nuestro para ser prelado a aquel que tendrá más voces para serlo. He dado indeterminadamente, mirando el bien común; pero si a la Compañía le parecerá otra cosa, o juzgare que es mejor y a mayor gloria de Dios Nuestro Señor, yo soy aparejado para señalarlo. Hecha en Roma, a 5 de Abril de 1541, Íñigo». Si se compara el estilo de este voto del Santo con el de toda la narración que estamos publicando, se notará una completa conformidad, en comprobación de lo que acabamos de decir en la advertencia preliminar.

San Francisco Javier había dejado escrito a 15 de Marzo de 1540, o sea la víspera de su partida para la India: «Así mismo yo, Francisco, digo y afirmo que, <no inducido por hombre alguno>, juzgo que el que ha de ser elegido por Prelado en nuestra Compañía, al cual todos habemos de obedecer, me parece, hablando conforme según mi conciencia, que sea el Prelado nuestro antiguo y verdadero padre don Ignacio, el cual, pues nos juntó a todos, no con pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá conservar, gobernar y aumentar de bien en mejor, por estar más él al cabo de cada uno de nosotros; <y después de su muerte>, hablando según lo que mi ánima siente, como si hubiese sobre esto de morir, digo que sea el padre Micer Pedro Fabro; y en esta parte <Dios me es testigo> que no digo otro de lo que siento; y porque es verdad, hago la firma de mi propia mano. Escrita en Roma año 1540, 15 de Marzo». (*Mon. Hist. S. J., Mon. Xaveriana*, I, p. 812).

Nuestro Señor, etc., para hallar quien mejor y a mayor utilidad de todos pudiese tomar el tal asunto. <Finalmente>, aunque [no] con asaz voluntad de los compañeros, fué así concluido.

Pasados cuatro días, siendo todos juntos, tornaron a dar las mismas voces que primero, *nemine discrepante*; finalmente Íñigo, mirando a una parte y mirando a otra, según que mayor servicio de Dios Nuestro Señor podía sentir, responde que, por no tomar ningún extremo y por asegurar más su conciencia, que él dejaba en manos de su confesor, que era el P. Teodosio, fraile de San Pedro de Montorio, de la manera que se sigue, es a saber: que él se confesaría con él generalmente de todos sus pecados, desde el día que supo pecar hasta la hora presente; así mismo le daría parte y le descubriría todas sus enfermedades y miserias corporales, y que después que el confesor le mandase en lugar de Cristo Nuestro Señor o en su nombre le diese su parecer, atento toda su vida pasada y presente, si aceptaría o refutaría el tal cargo, haciendo primero oblación que de la sentencia de su confesor un punto no saldría, <también> si el Papa le mandase al contrario, donde no fuese convencido de pecado; <finalmente>, aunque no asaz con voluntad y satisfacción de los compañeros, cuando más no pudieron, fué en esto concluido.

Así Íñigo estuvo tres días en confesarse con su confesor; los cuales tres días estuvo retraído en San Pedro de Montorio, sin venir a sus compañeros.

El primero día de Pascua de flores, ya acabada su confesión general, como Íñigo demandase a su confesor que, encomendándose a Dios Nuestro Señor, se resolviese cerca lo que le había de mandar o declarar, le responde que parecía resistir al Espíritu Santo, etc. Con todo esto Íñigo, rogando a su confesor que, encomendando más la cosa a Dios Nuestro Señor, después con ánimo quieto quisiese escribir una cédula, y aquella sellada enviase a la

Compañía, en la cual dijese su parecer, <finalmente> en esto quedando, se vuelve Iñigo a casa.

El 3.º día, su confesor enviando una cédula sellada, y juntados los compañeros, se lee delante de todos, cuya resolución era que Iñigo tomase el asunto y régimen de la Compañía; el cual aceptándolo, dieron orden todos que el viernes primero siguiente a la Pascua de flores anduviesen las 7 estaciones de las 7 iglesias de Roma, y que en una de ellas, es a saber, en San Pablo, hiciesen todos sus promesas conforme a la bula concedida por Su Santidad.

El viernes, XXII de Abril, de la octava de Pascua, llegados en San Pablo, se reconciliaron todos seis unos con otros, y fué ordenado entre todos que Iñigo dijese misa en la misma iglesia, y que todos los otros recibiesen el Santísimo Sacramento de su mano, haciendo sus votos en la manera siguiente:

Iñigo, diciendo la misa, a la hora del consumir, teniendo con la una mano el cuerpo de Cristo Nuestro Señor sobre la patena, y con la otra mano un papel, en el cual estaba escrito el modo de hacer su voto, y vuelto el rostro a los compañeros, puestos de rodillas, dice a alta voz las palabras siguientes: *Ego Ignatius de Loyola promitto omnipotenti Deo et Summo Pontifici, eius in terris Vicario, coram eius Virgine Matre et tota coelesti curia, ac in praesentia Societatis, perpetuam paupertatem, castitatem et obedientiam iuxta formam vivendi in bulla Societatis D. N. Jesu, et in eius constitutionibus declaratis seu declarandis contentam. Insuper promitto specialem obedientiam Summo Pontifici circa missiones in bulla contentas. Rursus promitto me curaturum, ut pueri erudiantur in rudimentis fidei, iuxta eandem bullam et constitutiones* (1). Después

(1) He aquí la traducción: «Yo, Ignacio de Loyola, prometo a Dios todopoderoso, y al sumo Pontífice su Vicario en la tierra, delante de la santísima Virgen y madre María, y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vivir que se contiene en la bula de la

de las cuales dichas, consume, recibiendo el cuerpo de Cristo Nuestro Señor.

Acabado de consumir, y tomadas cinco hostias consagradas en la patena, y vuelto a los compañeros, los cuales después de haber hecha la confesión general y dicho *Domine, non sum dignus*, etc., toma uno de ellos un papel en la mano, en el cual estaba la forma de hacer su voto, y dice a alta voz las palabras siguientes: *Ego Io. Coduri promitto omnipotenti Deo coram eius Virgine Matre et tota coelesti curia ac in praesentia Societatis, et tibi Rde. Pater, locum Dei tenenti, perpetuam paupertatem, castitatem et obedientiam iuxta formam vivendi in bulla Societatis Jesu, Dni. Ntri. et in eius constitutionibus declaratis seu declarandis contentam. Insuper promitto specialem obedientiam Summo Pontifici circa missiones in bulla contentas. Rursus promitto me obediturum circa eruditionem puerorum in rudimentis fidei, iuxta eandem bullam et constitutiones* (4). Las cuales acabadas, recibe el cuerpo de Cristo Nuestro Señor. Después <por orden> el 2.º hace lo mismo; así el 3.º, 4.º y 5.º.

Acabada la misa, y haciendo oración en los altares pri-

Compañía de Jesús Señor Nuestro, y en sus constituciones, así las ya declaradas, como las que adelante se declararen. Y también prometo especial obediencia al sumo Pontífice, cuanto a las misiones en las mismas bulas contenidas. Además prometo procurar que los niños sean enseñados en la doctrina cristiana, conforme a la misma bula y constituciones».

(4) O sea: «Yo, Juan Coduri (o el que fuese) prometo a Dios todopoderoso, delante de la Virgen sacratísima su Madre, y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, y a vos, Reverendo Padre, que tenéis el lugar de Dios, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vivir contenida en la bula de la Compañía de Jesús, y en las constituciones, así declaradas como las que se han de declarar adelante. Y más, prometo especial obediencia al sumo Pontífice para las misiones contenidas en la dicha bula. Y también prometo de obedecer en lo que toca a la enseñanza de los niños, según la misma bula».



vilegiados, se juntaron en el altar mayor, donde cada uno de los cinco vinieron a lñigo, e lñigo a cada uno dellos, abrazando y dando <ósculo de paz>, no sin mucha devoción, sentidos y lágrimas, dieron fin a su profesión y vocación comenzada. Después de venidos, <hízose continua y grande tranquilidad>, con aumento <a alabanza del Señor Nuestro Jesucristo>.

A. M. D. G.

ÍNDICE

	Páginas
Caró lector	V
AUTOBIOGRAFÍA DE SAN IGNACIO	IX
PRÓLOGO del P. LUIS GONZÁLEZ DE CÁMARA.—Narra el escritor la historia de este libro.—A ruegos de sus compañeros, cuenta Ignacio el curso de su vida.—Después de oído de boca del santo, el P. González lo pone por escrito	1
INTRODUCCIÓN DEL P. JERÓNIMO NADAL.—Pide el Padre Nadal a Ignacio que manifieste a sus compañeros de qué manera le condujo Dios desde el comienzo de su conversión.—Lo alcanza.	6
CAPÍTULO PRIMERO.—Ignacio, siguiendo la carrera militar, recibe en la defensa de Pamplona una grave herida.—Sana de la peligrosa enfermedad.—Se convierte a Dios.—Habiéndosele aparecido la Virgen Santísima con el Niño Jesús, es recreando en su alma con celestial dulzura, y recibe el don de castidad.—Determina dirigirse a Palestina y comenzar una nueva vida más santa	9
CAPÍTULO SEGUNDO.—Sale Ignacio de su Patria.—Visita a Nuestra Señora de Montserrat.—Hace allí confesión general, y cuelga las armas en el altar de Nuestra Señora.—Se dirige a Manresa	17
CAPÍTULO TERCERO.—Entabla en Manresa una vida pobre y austera.—Es tentado del demonio, y atormentado de escrúpulos.—Librado por Dios de las vejaciones del enemigo, llega a ser, con la gracia divina, un excelente maestro de espíritu, y recibe extraordinarios favores celestiales.—Venice el espíritu de vanagloria.—Parte para Barcelona, con intento de embarcarse para Italia.	23
CAPÍTULO CUARTO.—Hace su camino a Roma, a Venecia y a Jerusalén	35
CAPÍTULO QUINTO.—De vuelta de Palestina, llega Ignacio a Chipre.—Allí se hace a la vela para Venecia y Génova.—Preso como espía, es injuriado de la soldadesca.—Se embarca para Barcelona	43

CAPÍTULO SEXTO.—Comienza Ignacio a estudiar en Barcelona.—Vase a Alcalá y junta compañeros.—Es acusado y metido en la cárcel.—Declarado inocente, se parte de Alcalá	47
CAPÍTULO SÉPTIMO.—Llega Ignacio a Salamanca.—Acusado otra vez, es encarcelado, hasta que se manifiesta su inocencia.—Determina irse a París.	55
CAPÍTULO OCTAVO.—En París repasa Ignacio las humanidades.—Sufre las incomodidades de la pobreza.—Es infamado.—Da notables ejemplos de virtud.—En una digresión, narra el fin de sus primeros compañeros.—Comienza a estudiar filosofía.—Traba amistad con Fabro y Francisco Javier.—Reinando la peste en París, Ignacio consigue de sí mismo una extraordinaria victoria.—Se gradúa de Bachiller.—Cae enfermo.—Vuelve a España, para atender a su salud y a negocios de sus compañeros.	61
CAPÍTULO NONO.—Vuelve Ignacio a su Patria.—Se acoge al Hospital público.—Recoge extraordinario fruto espiritual entre sus paisanos; arranca los vicios y planta las virtudes.—Después de recorrer varias ciudades de España, vuelve de nuevo a Italia.—Enferma en Bolonia.—Se dirige a Venecia	71
CAPÍTULO DÉCIMO.—En Venecia se ejercita en dar los Ejercicios espirituales.—Padece otra persecución; libre de ella, envía los compañeros a Roma.—Se ordena Sacerdote.—No pudiendo ir a Palestina, distribuye a sus compañeros por la señoría de Venecia.—Antes de llegar a Roma tiene una singularísima aparición	75
CAPÍTULO UNDÉCIMO.—Sube a Monte Casino, para dar los Ejercicios espirituales al doctor Ortiz.—Ve el alma del Bachiller Hoces subir al cielo.—Vuelto a la ciudad, sufre una violenta persecución.—Funda varias obras piadosas.—Narra el modo que tuvo en escribir los Ejercicios espirituales y las constituciones de la Compañía	81
CONSTITUCIÓN CANÓNICA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.	87
Advertencia preliminar	89